LA SOCIEDAD DE CONSUMO

NOVELA DE
JAVIER RAGAU

Javier Ragau

La sociedad de consumo

La sociedad de consumo *Ficciones*
© Javier Ragau, 2017

Ilustraciones: Diseño de tapa

Mail: ragaujavier@gmail.com
Website: www.javierragauobras.blogspot.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Edición digital para Amazon Ebook Kindle Reader

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por el autor, viola derechos reservados.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

1

Era un sábado caluroso en las playas de la costa veraniega, los turistas acudían a ella afamados y llenos de entusiasmo. Se había hablado bien de la zona. La conocían como “la costa de los veraneantes”, por llenarse continuamente, año tras año (obstaculizando las carreteras y generando enormes colas de autos) de veraneantes provenientes de varias partes del planeta. Yo, pues llegué allí con mis bártulos, un sombrero, un poco de desodorante y la dirección de la casa donde alquilaría una habitación.

No soy un consumidor, lo sé desde hace bastante. Pero ahora me propuse sistemáticamente no comprar en cualquier lugar. Es un pasatiempo, algo que disfruto sin la menor apatía. En la pensión me preguntaron que qué venía a hacer a la costa, que por qué estaba yo allí, sin sandalias, sin pinta de tirarme a la playa a sombrearme con una sombrilla. No era mi estilo parecerme al personaje veraniego típico consumidor social empleado con nómina a punto de ser despedido ni bien le bajen los sueldos. La cuestión es que hay que andarse con ojo. La gente suele ser peligrosa, sobre todo ahora, a finales de la primera década de este tumultuoso siglo veintiuno. Con todas las muertes que hay, los jóvenes se han convertido en psicópatas. No puedo negarlo, pero estuve viendo un par de herramientas para la defensa personal. Bah, un par de armas de poca monta; un cuchillo, una especie de pistola con balines que, aunque no llega a matar a nadie (y todos sabían que esa no era mi intención) sí puede quitarle una oreja o volarle un ojo de varios disparos. No es que no quisiera ir bien armado (pues hoy es de suma importancia ir preparado para cualquier contratiempo) sino que mi bolsillo agujereado solamente criaba algas, y cuando quise darme cuenta no pude agenciarme de ellas. Fue una pena. Al maromo del bar le debería haber sacado un ojo con la pistolita mata gatos. En la pensión nadie sospechaba nada, nadie entendía por qué estaba yo ahí, y nadie me

realizaba preguntas al respecto. Yo pasaba desapercibido, intentaba que nadie conociera nada de mi persona. Las mujeres, atractivas, esbeltas, ricachonas y pendonas contoneaban sus lindos traseros, en la noche, en los múltiples bares de la zona. No, no puedo considerarme un ladrón, pero tal y como está el mundo, bueno ya me entienden...

Andrés era un pibe de la zona, un viejo amigo, y Laura, su novia, me habían invitado a su casa a degustar sus ya deliciosos gourmets. No es que supieran cocinar, ni siquiera sabían esperar el tiempo suficiente para hervir arroz. Pero al no tener dinero, ¿qué más podía pedir si la comida caía del cielo y encima sin apoquinar un centavo?

Andrés y Laura son la típica pareja fiestera, les gusta drogarse juntos, estar agarrados de la mano mientras bailan hard–techno industrial y ver películas como *La edad de hielo 2*. Cuando los conocí (en un boliche de poca monta) me dijeron que en la costa de los veraneantes había negocios, trabajo, fiestas y buen ambiente. Bueno, les creí hasta cierto punto, pues mi opinión de este lugar sigue sin estar al lado de los muchos halagos que me profirieron. Me gustaba el mar, sí, la arena artificial que introducían desde adentro del océano y todos esos parques de atracciones manejados por algún genio de las finanzas. Les comenté lo que quería hacer, un par de asuntos, de trabajos aquí y allá: una tienda de zapatos, una heladería; o por qué no, la discoteca central del pueblo. Me miraron de arriba abajo, pero conociéndome sabían que yo hablaba en serio.

–Chicos, acabo de salir del agujero, y mírenme, no consiguieron redimirme ni hacerme creer que este mundo no es una letrina. Estoy limpio de drogas y la cabeza en su lugar. Ahora bien, como saben no tengo mucho dinero, y ustedes tampoco, aparte de eso están a punto de echarlos de esta casa. ¿Necesitamos el dinero o no?

Andrés masticaba con la boca llena, y Laura bebía lentamente del vino tinto que pude llevar, y que solamente podía convidarles. La cena estaba sabrosa, y ellos, mientras escuchaban todos mis planes, se miraban sendas veces el uno al otro. Lo único que necesitábamos era logística, un plano del boliche, saber dónde estaban los patovikas afuera y cuando adentro, conocer a fondo las camareras, y juntar un comando de varias personas para desvalijar el local, sobre todo un

domingo en plena temporada, los días donde más veraneantes salen de copas y disfrutan de su “espléndida vida costera”

Cuando uno tiene amigos como Andrés y Laurita no podés echarte atrás. Laura fue al dormitorio contiguo (todavía le faltaba una puerta), trajo una especie de machete y luego un nudillo de hierro.

–Con estas cosas los podemos joder bastante –dice.

–No está mal, pero son armas de corto alcance. ¿Pensaron en algún rifle, algún arma más sofisticada?

–Eso cuesta mucho dinero, Johnny –agregó con impertinencia Andrés.

Los dos creían que podíamos liarnos a los puñetazos. Yo les comenté mi idea de las peleas. Para mi una riña no tenía sentido, aparte de ser un acto de lo más aburrido y pesado. El pegarse a puñetazos, me aburría increíblemente. No había nada más estúpido, a mi modo de pensar, que el ensalzarse en una pelea a puño cerrado. Lo único que íbamos a conseguir era cansarnos.

–Mi cuerpo no está para estos trotes –agregué–, no llevaré esos nudillos de hierro ni esa cachiporra que tienen ahí. Tenemos que emplear otros métodos.

–¿Cómo por ejemplo cuáles, Johnny? –me preguntó Laura, con dulzura.

–Pues con un rifle con una mira de largo alcance le podemos volar un ojo a esos maromos de mala madre.

–No estaría nada mal, Johnny, pero no me conformo con eso, si hacemos eso quiero un porcentaje más elevado del dinero –terminó diciendo.

¿Cómo era que ese tipejo estuviera exigiendo ganancias cuando ni siquiera había movido un dedo para conseguirlas? Así era Andrés, pero no le hice ver mi malhumor por su pregunta. Yo siempre ocultaba mis sentimientos y ellos eran lo suficientemente desequilibrados para que yo pudiera, con suma facilidad, engatusarlos hacia mis propósitos.

Fue una encantadora velada, pero estaba hecho polvo del viaje y necesitaba calmar las ideas. Quería conocer con mis propios ojos la ciudad y sus calles. Andrés me dejó su automóvil, un Peugeot bastante

antiguo pero que continuaba arrancándole el motor.

Fui a repostar gasolina en la primera estación de servicio que encontré. Me bajé y, como es natural, se requiere antes pagarle al dependiente que está adentro con su gorra en la cabeza. Necesitaba llenarle el tanque al menos hasta la mitad, y el dinero me llegaba justo para eso.

–Chico, ponéme cincuenta pesos al tanque –le ordené.

–¿Cuánto dijo?

– Te dije cincuenta pesos, ¿estás sordo?

– ¿Disculpe? –me volvió a decir.

– ¿Cómo que disculpe? Chico, te dije cincuenta pesos para llenar el tanque.

–Sí, ya le entiendo, pero es que, como no lo habías dicho bien claro, no le pude entender bien –me respondió con descaro.

–Eh, eh, alto ahí, pequeño granuja –le digo– ¿Tengo cara de no saber hablar? No necesito gritarte las cosas. Si tenés mierda en los oídos limpiátelos, y no le echés la culpa a los demás.

– Ah, vaya, ¿qué te pasa, viniste con ganas de joder?

–Me cago en... pendejito puto, ponéme cincuenta pesos al tanque si no querés que te arranque la puta cabeza –le digo, amenazádamente.

– ¿Me llamaste pendejito, eso me llamaste, papá?

– Pendejito de mierda, eso te llamé, pendejito pelotudo, ¿algún problema con eso, pendejo idiota? –le continué provocando.

–Ah, claro, pendejito idiota, eh, ahora vas a ver.

El chico era de mi misma altura, aproximadamente, pero no tan ancho de espaldas como yo. Salió del mostrador como un perro rabioso, con el cuerpo endurecido, abrió la puerta de entrada (pues a esas horas de la noche la mantenían cerrada) y ni bien estuvo afuera comenzó a caminar a paso acelerado hacia mí. ¿Que qué hice? No tardé ni un minuto en lanzarme a su cabeza, para partirle la nariz usando mi frente. El chico cayó hacia el suelo y enseguida aproveché para agarrarlo del pescuezo.

– ¿Y ahora qué, eh pendejito, ahora qué?

–Uh, loco, te voy a matar –me dice, intentando darme un derechazo.

Le lancé otro puñetazo en el ojo izquierdo, otros dos en el derecho y luego una soberana patada en las costillas. Me levanté y me fijé si tenía sangre del muchacho, y al menos unas gotas salpicaban mi camisa.

–Hijo de puta, ya no vas a entrar más a esta ciudad –me decía, intentando hablar mientras escupía sangre por la comisura de los labios –te voy a ir a buscar con unos amigos y....

La patada que le propiné en la cara lo hizo callar. Ya estaba bien de tanta verborrea juvenil, engreída e inmadura. El caso es que, luego de haberle dado una somanta de palos al pendejito, que seguramente tuviera menos de veinte años, caí en la cuenta del depósito de gasolina, que al fin y al cabo era para lo que había ido allí. No importa, había otras muchas gasolineras por la zona.

Cuando el chico quiso intentar reponerse, aproveché para robarle la cartera del bolsillo. Lo inspeccioné y le saqué la billetera, que no estaba muy abultada. Cansado ya de golpear al pobre pendejo, me subí al coche y arranqué el motor. Al parecer las cosas ya no eran las mismas. Tanto tiempo queriéndote redimir ¿y para qué?, para nada, no te podés adaptar a la maldita sociedad. Nuevas leyes, nuevos tratos, parece que hemos dejado el siglo pasado y nada es como debiera ser. Ya nacen los críos y debemos hablarles de usted, de señor. No, a mi no me engañaban, no me iban a engatusar por mucha era de la información en la que nos encontráramos. Las cosas son como son.

2

Al día siguiente estaba buscando trabajo. Lo que encontré a mano fue un puesto de camarero en un restaurante situado a pie de playa. Ahí se ganaría buena viruta, aparte de disfrutar continuamente del sol y las bellas mujeres. Vaya, por una vez en mi vida y luego de pasar los últimos años entre rejas sentía que el mundo estaba hecho para mi. Durante las horas de trabajo, entonces, las dedicaba a comportarme como un ciudadano normal, y luego buscaba materiales para los proyectos que, con Andrés y Laura, teníamos en común. Laura misma me llamó pasados unos días. Me comentó que había visto una heladería fácil de chorear, pero yo le dije que no, que en las heladerías apenas se recauda nada y no valía la pena perder el tiempo. La mejor opción, ya que el mundo estaba siendo gobernado por gorilas, era hacer justicia. Y así mismo se lo dije.

–Nena, sabés que yo no soy un criminal, solamente soy un justiciero y no soporto la idea de que este mundo esté gobernado por gorilas. Lo único que tenemos que hacer es encarar la situación, mostrarles el valor necesario para que comprendan que ahí afuera hay gente dispuesta a darles camorra. Ellos quieren camorra, viven para ello. Están entrenados y tienen negocios turbios con la ley. Conozco a los policías de este pueblo, Laura, sé como son y a qué se dedican.

Eso era cierto, sobre todo con el asunto de la guardia armada, el ya conocido cuerpo policial de la ciudad. Eran unas sanguijuelas, que le chupaban el dinero al contribuyente y se dedicaban a drogarse durante las patrullas. Una de esas noches tuve la mala suerte de toparme con un uniformado, que como estaba con ganas de molestar se acercó a pedirme una identificación.

–Tome agente, haga su trabajo –le dije con abierta cortesía

–Sí, sí, dame el permiso de circulación del coche –me dijo el bastardo con su típico tono prepotente.

El auto era de Andrés, un Peugeot destartalado de veinte años de

antigüedad. Me lo había prestado y el permiso de circulación, gracias a la providencia, estaba en regla.

–¿No estarás ocultando nada, verdad? –acentuó en una interrogación estéril.

–No señor, nada que ocultar ¿por qué iba a tener algo que ocultar? –le respondí.

Se limitó a mirarme con esos ojos psicóticos que tienen todos los guardianes del contrabando. Bueno, ahí me libré por un pelo. Tenía mi documento y los papelitos del auto en su lugar, todo en regla. Ese era el problema del pueblo, que estaba lleno de policías corruptos, uno peor que el otro. Formaban mafias que se encontraban en medio de la noche, en la playa. Ya no sabías qué era más peligroso, si los uniformados o los yonquis rateros y ladrones de las zonas bajas. Estaba contra la espada y la pared, lo único que podía hacer era medir bien mis pasos. Lo que no podía soportar era ver esos patrulleros por todos lados, dando vueltas en las esquinas más remotas. En ese pueblo costero el dinero bailaba de mano en mano. Los policías hacían eso, guardar la caja. No sirven para proteger al indefenso ni atrapar a los asesinos, sino para custodiarles el dinero a los magnates y mafiosos de la zona.

Durante la noche no podía dormir debido al calor. Compré un ventilador y abrí la ventana, lo enchufé y lo puse en la máxima velocidad. Sentado enfrente de la ventana, observando la mar y los pocos árboles que iban quedando (por la continua construcción de edificios y la destrucción de la naturaleza) pensaba en cómo darle el golpe a la discoteca, que la noche anterior había visitado. Es la discoteca que más factura, la que menos permisos habilitados tiene para vender alcohol y la que más gente mete adentro del boquete. La puerta está vigilada por dos patovikas retraídos con el cuello de un bulldog. Con esas bestias ni un somnífero de elefante podría calmarlos. Pensaba con naturalidad cómo reducirlos sin armar alboroto. Había que esperar a que se vaciara el local, y luego de saber quiénes eran los encargados, atacarlos sin miramientos y fulminarlos en el acto. El problema era saber con exactitud si el dinero era acumulado durante toda la noche o un empleado iba y retiraba

porciones cada vez que la caja llegaba a una importante cifra. Vayan a saber cuánto: diez mil pesos, o quizás veinte mil con suma tranquilidad. Pero en la noche del domingo lo que acabarían recaudando superaría esa cantidad.

Al día siguiente me presenté de nuevo. Era viernes y a las cuarto de la madrugada ya estaba el tugurio llenándose de putas y maricones. Me senté en una esquina a observar, y al comienzo puedo decirles que me resultó difícil. En la barra había cuatro putos de mierda vendiendo tragos, y atrás de ellos, dos putitas con coleta mirando al personal. Los patovikas eran dos, y a veces tres, uno metido adentro y los otros dos afuera charlando de fútbol o boxeo, o quién sabe que estupidez típica de un cabezahueca. Las morochas y rubias se abrazaban a los vendedores de cocaína y hachís, y a los pelados que llevaban collares de oro, que eran los que vendían éxtasis. Los chicos se drogaban, sin problemas. Hacía mucho calor y lo mejor que se podía hacer era meterse un buen cuelgue en el tugurio.

Por cierto, podríamos ir desvelando el nombre de este antro. Llevaba por nombre “La Perla”, como si se tratara de un boliche careta y con alfombras en la entrada. Nada de eso. La pesada puerta de metal u hormigón (llegué a creer que estaba fabricada con algún tipo de cemento), se corría empujándola con fuerza, ayudado de una barra de metal adherida en ella. Luego, al cerrarla, se abría otra puerta (para no dejar pasar el sonido) y entrabas al antro. Era el lugar común de festejo. Se mezclaban también extranjeros, turistas que estaban disfrutando unas felices vacaciones costeras. Bien, ¿pues qué quieren que les diga? Yo solo olía a dinero, a la posibilidad de tomar el control de ese antro moribundo y hacerlo volar por los aires. Quería que tuvieran su merecido, y así lo fui planeando, hora tras hora, incluso no perdía ni un segundo, a la vez que repartía platos con legumbres, arroz y chorizos chorreantes.

Luego de esa noche, regresé a la pensión y comencé con los pertinentes apuntes. Hice una lista de las armas que iba necesitar, que fue la siguiente:

Palo de béisbol (para romperle el cráneo al patovika)

Una soga (para amarrar o inmovilizar a los empleados)

Pistolas, armas de fuego (no está nada mal usar un cañón de pólvora y ver la cara de mariquita que ponen cuando ven el fierro apuntándoles a la jeta)

Somníferos, drogas (con esto los ponemos un poco locos y los tranquilizamos más)

Navajas (nunca olvidarse un buen cuchillo para rebanarle los sesos a tu enemigo)

La lista llegaba hasta ahí, y con el tiempo fuimos sumando otras alternativas, a veces tan extravagantes como una sierra de cortar troncos, idea que, por supuesto, provenía de la maléfica mente perturbada de Laura.

3

Puedo contar la historia de Andrés y Laura, pero me quedaré con la última. Es a mi parecer la más extraña de todas.

Nacida en una familia burguesa de Francia, Laura fue internada a los ocho años en un colegio de carmelitas en Madrid, puesto que, al separase su madre (una importante abogada de París, aunque de nacionalidad española) de su padre parisino, las dos mujeres, ella una pequeña e inocente niña con pecas en la cara, y ella una mujer despiadada que manejaba las cuentas secretas de políticos corruptos, se afincaron en Madrid. Ella no lo soportó, odió a su madre por ello. En cierto modo, a la mujer aquella no le gustaban los críos, de otro modo no hubiera internado a la pobre niña en un colegio como el de las carmelitas.

Transcurrieron los días en los que le enseñaron cómo desenvolverse por el mundo. Fue una alumna aplicada, más o menos hasta los catorce años que fue cuando se hartó de ese correccional y decidió fugarse. Cuando su madre se enteró lo único que hizo fue llamar al padre, decirle que su hija se había fugado y que no pensaba ir a buscarla. El padre tampoco se interesó por el futuro de Laura. Al fin y al cabo, Laura no sabía por qué diantre la habían traído a este mundo, y en esa incógnita que la atormentaba desde sus más tempranos días intentó encontrar en el vandalismo una razón de ser a su inexplicable existencia.

No es que fuera fea, pero bueno, no era la mujer maravilla ni la modelo más cotizada de Milán, eso estaba claro. Se ganó sus peleas, sus rasguños y marcas que la dejaron pensando muchas veces, cuando miraba el sol poniente de los llanos y praderas que alejaban el colegio del mundo, y de la realidad.

Se fugó entonces con otra amiga suya, Verónica, que por cierto no he visto más que en fotos. Una mujer más bajita que ella pero que la inició en el arte del hurto y la apropiación indebida. Laura, con solo catorce años, comenzó a meterse prendas de vestir en el bolso, y

pasado el año ya estaba aprendiendo a manejar una pistola nueve milímetros, o la que le pusieran encima. Conoció a los peores vendedores de ácidos y no se desligó de esa ruta.

A los veinte años Andrés apareció en su vida. Fue una noche de fiesta. Andrés venía con sus compinches de una pelea del barrio, habían pegado faso y merca y estaban a cien, con todo lo que daban. A Laura, al gustarle mucho los toxicómanos y bebedores empedernidos, le atrajo Andrés desde el primero momento en que sus dos miradas se cruzaron. Andrés me contó que la primera vez que vio a esa bruja más flaca que un flamenco en un pantano, quiso vomitar y que la merca le dio un revoltijo en el estómago. Quizás fuese la luz, el humo del tugurio lo que formara una silueta algo espantosa en Laura, que con el ácido que llevaba encima se convertía a ratos en una jirafa con tres cabezas, como el Cerberus.

A continuación viene la típica historia de dos enfermos mentales adictos a las drogas más fatales. Pero déjenme que les relate la mejor parte, cuando conocí a Laura y estuvieron a punto de matarme varios patovikas. Era normal que nos conociéramos, pues tanto ellos como yo circulábamos por los peores antros nocturnos tomados por okupas y barrabravas. Ella, desde la zona VIP, me miró con simpatía, y lo hizo porque vio en mis ojos a un delincuente y un drogadicto, cosa que amaba por encima de todas las cosas. Pues se la metí bien adentro en el cuarto de baño, cuando la seguí hasta el lavabo, observando ese enorme y bonito trasero respingón que tenía y que me la puso bien tiesa. Cuando entró en el baño de chicas, yo, como un descarado (estaba prohibido meterse en el baño de mujeres si eras hombre) me introduje bien rápido sin que nadie pudiera verme. Ella estaba ya adentro del habitáculo meando, posando su culo en el inodoro. Yo la esperé a que saliera y cuando me vio ahí, no supo qué decir.

–Hola, ¿nos conocemos? –le pregunté de inmediato.

–Creo que no, ¿o sí?, no sé, ¿cuál es tu nombre? –preguntó ella.

–Mi nombre es pija, ¿y vos, creo que te llamás culito dulce, no es así?

Ella se echó a reír a carcajada batiente, tanto que casi saca afuera las tripas podridas de su estómago machacado por los estupefacientes.

Sus ojitos se convirtieron rápidamente en dos rubíes punzantes. El caso es que la agarré por la cintura, y le dije:

–¿Sabés bailar la samba?

–No, solamente el hard techno industrial –contestó ella.

–Ah, pues mejor –le digo– porque lo que viene ahora será constante y repetitivo.

–¿Me vas a coger? –pregunta ella.

Y no tardé ni un segundo en bajarle la bombacha y meter mi hocico pulgoso en la entrepierna de Laura con la pasión desbocada de un animal en celo. La levanté por encima de mí, la introduje dentro de la caseta y la viré de espaldas. Se la clavé tan adentro del orto que noté las paredes del intestino cubriéndome el pene justo cuando la sorprendí en el lavabo.

–¡¡Oh, que placer, cómo me gusta metérsela a una tipa con novio, cómo me gusta, oh, oh!! –gritaba yo, sin parar de bostezar.

–¡¡Hijo de puta, cogéme, cogéme fuerte, hijo de puta!!

Durante media hora no paró el mete y saca. Por eso Andrés empezó a preocuparse, como si su novia estuviera indispuesta y no saliera del baño hacía media hora, que era realmente lo que ocurría. Laura me dijo que saldría ella primero y que después hiciera lo posible para que nadie me viera. Lo cierto es que tuve que apañármelas como bien pude, pues uno de los patovikas me vio asomar la cabeza por el baño de mujeres, y no le gustó ni un pelo. Se abalanzó hacia mí, y yo, que con rápida destreza vi la puerta de emergencia (que se abren empujando una barra horizontal) pude escapar afuera, tan pronto como pude. Empecé a correr y atrás vi a un gordo con suficiente grasa para aplastarme y convertirme en un omelet. En la calle ya le resultó más difícil perseguirme, y Laura y yo no tuvimos la oportunidad de vernos de nuevo hasta que, luego de un tiempo, me la volví a encontrar, y casualmente no en la noche, sino en un supermercado a pleno día.

–¿Ah, vos por acá... qué hacés? –me dijo.

–Bien, bien, acá ando, comprando un poco de todo.

Ella sonrió con picardía.

–¿Y a vos cómo te va?

–Bueno, sigo viviendo acá, ¿no salís más al boliche?

–Y... no puedo, luego de que me vieran salir del baño de mujeres, ya me tienen fichado.

–¿Y vos qué hacés?

Entonces le conté todo el cuento chino de mi vida, que estaba buscando trabajo pero que me gustaba sacarle unos pellizcos a la sociedad de consumo, birlando cosas, no sé, no grandes sumas. Pero cuando le hablé de la idea del robo, del apropiamiento indebido, se puso más cachonda aún que cuando la conocí en la discoteca de canallas.

Laura y yo congeniamos bastante bien, me echó un cable para robar un auto y también meternos en un chiringuito de la playa, y siempre que robábamos y salíamos con el hurto encima, cogíamos al lado de ello disfrutando de nuestro extraño amor. Andrés no sabía nada, y, por cierto, continuaba sin saber nada los días que planeamos el robo a la discoteca “La Perla”.

Cuando apareció Andrés, me di cuenta de porqué Laura lo había preferido a él y no a otros. Una cicatriz le cruzaba toda la cara, desde el cráneo hasta el mentón, del lado derecho. Las marcas no solo pueden ser la de los tatuajes, pues hay otras marcas que están adentro de cada ser humano, y esas son las marcas del alma.

–¿Qué le pasó en la jeta a tu colega?

–Es una larga historia, mejor te la cuento otro día –me contestó.

No es que fuera un tipo listo, pero sabía pegar tan fuerte como un toro desbocado. Era un animal, una bestia salvaje fugada de la selva. Nadie podía controlarlo, pero tenía un corazón de un tierno bebé. Había nacido con un extraño estigma. Básicamente era inherente a la sensación del sufrimiento y el dolor. Podía tirarse a un mar de fuego y salir de una sola pieza. Se metió en la droga de pequeño, pero porque siempre fue un chico introvertido. En fin, qué le vamos a hacer.

–Bien, Andrés, tu puesto es el dar mamporros. –le digo–, quiero que des tantos mamporros como puedas, pero eso sí, no vayas a matar a nadie.

–Nunca maté a nadie en mi vida, al menos a nadie que no me lo pidiera –sentenció.

Esa última aclaración no llegué a entenderla, al menos supuse que en ella se encerraba un mensaje subliminal. Desde entonces supe que Andrés me traería problemas. Se lo dije a Laura, que lo tuviera vigilado, pues un buen día podía generar una masacre. Lo veía en sus ojos.

4

No es que sea un tipo que le guste meterse en líos y asuntos de muy mal ver, pero todo cuanto sucedía en aquella ciudad me inspiraba siempre lo mismo: juego y puteríos.

Aprovechaba las noches para darme largos paseos por las calles menos transitadas, y así conocer de reojo las mejores salidas y escapes que me dieran la posibilidad a la fuga. Pero había algo extraño: no existían muchas escapatorias, ni salidas, ni apenas un pequeño hueco para escabullirse. Estaba todo controlado y manejado mediante cámaras de seguridad. El pueblo entero era filmado las veinticuatro horas por un ojo que todo lo grababa en cintas digitales. Literalmente, la ciudad estaba cercada. El pueblo costero, con sus carreteras circundando la sierra y las montañas de seco prado verde, bloqueaban, como si se tratara de un impenetrable muro toda posible salida o huida inminente. El único método de escape, era el mar. Y el mar, a diferencia de la tierra, tenía esa facultad de que podíamos sumergirnos, no ser vistos y dirigirnos a la dirección que quisiéramos, siempre y cuando no fuéramos detectados por los barcos de los uniformados.

Durante la tarde desempeñaba las pesadas y cansinas horas en el restaurante de Alfredito, que se llamaba así el local (situado enfrente de un puerto de barcos de lujo), que daba de almorzar, cenar y hasta picotear algunas cositas a los turistas. Era lindo ver a las inglesas, las alemanas, las francesas y otras tipas venidas de diferentes lugares del mundo, solamente para disfrutar de la hermosa costa de los veraneantes. La jornada terminaba algo tarde, a eso de las doce o a veces dos de la mañana por culpa de los muchos comensales charlatanes, que nos hacían empinar más el codo. Le dije al jefe que si eso continuaba así, me iría por mi propia cuenta. El hombre fue amable.

–Johnny, quedáte tranquilo, si querés a partir de ahora salís a la hora que te salga de las pelotas. Yo no tengo problemas.

–Bueno, es que la noche la tengo pa´otras cosas –le digo.

–Quedáte tranquilo, ésta es tu casa –agregó enfático.

Y luego de aquello me sentí más aliviado y tranquilo, pues a la hora que el capataz me dejaba libre, era el momento de salir de copas con la gente de la noche, y seguir investigando sobre locales atractivos al vandalismo.

Esa misma noche terminé a las seis de la mañana en un antro de mala muerte regentado por una chiflada que, en su anterior vida, había sido pirata en los mares muertos. Con verla la cara me podía ir haciendo una idea. La barra, estaba llena de putos y mariquitas vestidos con frac y ropa cara. Yo era el único tipo que aparentaba una mínima humildad. Pero solo para pasar desapercibido, en realidad amaba el lujo y los hoteles de cinco estrellas, y por supuesto, las motocicletas Harley Davison.

La chiflada se llamaba Bartola, y su séquito de maricones profesionales colmaba la barra donde se deslizaban las birras y vasos con whisky o ron. Yo me pedí una cerveza, para ir matando la sed, y detrás de mí y sin que me diera cuenta había un grupo de gitanos vendedores de hachís. Los había visto en la plaza, dando vueltas y sentados en el banco todos los días. Me acerqué a uno de ellos. Le pregunté si vendía drogas y me dio los precios. Me pareció caro y el hijoputa puso la típica jeta de gitano engreído y altanero. No es que tuviera nada en contra de los gitanos, pues los consideraba y siempre los había considerado parte íntegra del vandalismo y la delincuencia, pero ellos eran diferentes a mí, o mejor dicho, yo era diferente a ellos, en todo, no me parecía en nada a los métodos que ellos empleaban. Yo era sigiloso, apenas quería que me vieran, y pocas veces decía mi verdadero nombre. Solo lo conocían cinco personas, hasta ese momento, y durante la noche siempre me inventaba otro diferente, y eso si era sumamente necesario o no tuviera otra escapatoria.

Lo cierto es que me cansé de ese tugurio, apestaba a humo y apenas se podía respirar, ni estar cómodo. En esas que de la escalera sale revoleado un tipejo, al parecer un extranjero, y desde arriba aparece un brazo con el puño cerrado en dirección hacia su rostro. El tipo se tropieza y se agarra a la pared, intentando correr despavorido hacia la

puerta. Empuja a todos, pero el orangután patovika que le sigue por detrás está a punto de matarlo. Ya he visto a ese patovika merodeando por la zona de boliches, le eché el ojo la última vez que estuve en La Perla. Es un tipo con apariencia de un ser humano noble y honrado, pero vayan a saber los vicios y desvaríos internos que deben anidar en su fuero interno. Creía que era un tipo tranquilo y que solamente vigilaba la puerta del boliche El Horno, que estaba pegado justo al lado de La Perla. Y por eso, había que andarse con ojo, sobre todo luego de ver a ese hombre tan asustado corriendo como si lo estuvieran a punto de descuartizar.

Caminando por la calle sin saber a dónde ir, ni qué hacer, estoy dispuesto a dar por finalizada la noche, pues sentía que estaba todo el pescado vendido, y entonces apareció ella, Julieta, una mujer ya con sus cuarenta a cuestas. Estaba en un portal, junto con lo que parecía ser una amiga suya, esperando quién sabe qué acontecimiento novedoso. En su rostro había algo peculiar: era adicta a alguna droga fatal, y posiblemente se tratara del diamante blanco. Julieta, si no llega a ser por vos, no hubiera soportado tantas noches tórridas y descontroladas. Y ahí la conocí, estando los tres embriagados de alguna sustancia ilegal, y además borrachos, y lo que era mejor, con ganas de continuar con el despilfarro nocturno de la costa, puesto que ella nos invitaba a tal cosa. Luego de conocernos mejor, comenzamos a charlar, a ver qué hacíamos.

–Chicas, ¿conocen algún boquete para meternos a esta hora? –les pregunté.

–Creo que si “lo de Bartola” está cerrado, ya no hay nada más que hacer –me contestó la rubia.

–¿Y qué les parece si nos vamos a mi casa a continuar la farra? –agregué con sorpresa– Si quieren compramos algo de beber por el camino. Mi auto está a unas cuadras más allá.

–Me parece buena idea –dijo Julieta, pero a su amiga no le pareció tan buena idea, y prefirió irse por su cuenta por otro lado. Ella, confiando en un extraño como yo y con apariencia de bandido, no le importó acompañarme. Y luego comprendí porque la llevó a hacer tal cosa, pues como ella bien era, se aprovechaba de la gente como yo,

para conseguir la dosis diaria a su adicción.

En el auto comenzamos a conocernos mejor.

–Yo acabo de llegar hace unas semanas, pero años atrás estuve viviendo cerca de aquí, aunque no era la misma costa que lo es ahora –le iba contando, mientras manejaba con el volante por las curvas de la carretera.

–Es verdad, han cambiado muchas cosas por aquí –dijo ella.

Quizás se refería al escándalo que hizo saltar las personalidades más correctas de la farándula y el jet set costero. Al parecer, el alcalde se dedicó a robar dinero y haciendo fortuna gracias a la expropiación indebida del capital de terceros, supuestamente de los contribuyentes. Y aquella revelación me dio más pie en mi cruzada.

–Bueno, entonces todo el pueblo está corrupto, ¿no es así? –le pregunté.

–Más o menos –me respondió– básicamente llevamos cinco años que nos han birlado todo, y ahora no hay dinero en las arcas de la municipalidad para pagar los costos de los años venideros. Es decir, que no habrá luz en las calles, ni suficiente gente limpiando la basura. Más o menos este pueblo es una cloaca, pero se esconde detrás del escaparate con las luces de neón chillonas, la de los casinos y las discotecas de lujo.

–Yo tengo ganas de darles a todos esos hijos de puta un buen merecido, o al menos sacar una parte del pastel que se ha cocinado aquí.

–¿Ah sí, y en qué estás pensando?

De camino al departamento, me dio la dirección de un marroquí que le vendía cocaína. Ella, bastante enganchada a esta droga, no le importó pagar más de la mitad para que compráramos un gramo. Yo, no es que fuera amante de esta sustancia conocida como el diablo blanco, u otros nombres, sino que al no ser yo un sumo experto en las drogas fatales siempre estuve alejado de ella. Yo, en realidad, solo era un humilde borracho de cafetín.

Abrí la puerta del apartamento con un solo giro de llaves, apurado y con ganas de que nadie nos viera entrar con esas pintas. Ella llevaba encima el pequeño sobre donde estaba el polvo blanco tan idolatrado. Cuando la luz del sol que entraba por el ventanal del salón le reflejó

su rostro, sus ojeras y los pliegues marcados de una edad muy avanzada, lo comprendí absolutamente todo. La habitación estaba limpia, no llevaba ni unas semanas viviendo ahí, así que le agradó encontrarlo todo en su lugar y ordenado. Se recostó en el sofá y comenzó a abrir la bolsa. La volcó en la mesa de cristal y alineó dos rayas.

–Tomá cariño, para continuar la fiesta –me dijo.

–Gracias, sos muy amable –le contesté con toda la cortesía que podía yo demostrarle en ese instante.

–Y, para eso estamos...

Ella, con mucha prisa, como poseída por un demonio hambriento y mordaz, se enfiló la raya para adentro del tabique de la nariz como si fuera una aspiradora multi express.

–Y lo que te iba diciendo –dijo ni bien se tragó la coca–, estuve viviendo muchos años acá, y tenía un bar llamado El Coyote, no sé si estuviste alguna vez.

–Me parece que lo escuché nombrar –le respondí.

–Bueno, aquellos fueron buenos tiempos –agregaba y fumaba al mismo tiempo con la misma fuerza y capacidad, que era algo asombroso –aunque, en fin, nos empezaron a robar los empleados, de la caja. Los agarré desprevenidos una buena noche y les obligué a que me lo confesaran todo. Además yo había filmado algunas cosas. Pero el saqueo ya estaba hecho, me habían estado estafando desde hacía mucho tiempo. Y como podés ver, eran argentinos. No sé, pero ellos me robaron todo, eran una pareja de argentinos y me hundieron el local. Aunque la verdadera culpable, también fue la cocaína. Me metí en multitud de deudas que no pude pagar y al final hipotequé el bar. Lo compró un tipo, no sé quién, pero solamente le pagó al banco y yo me fui sin un puto céntimo.

En el barrio de las zonas bajas era donde vivían los gitanos. Luego de que cayera en la bancarrota se juntó con un gitanillo adicto al burro y comenzó a engancharse diariamente, con mucha más fuerza, a la cocaína. El resto era una historia que la venía escuchando yo desde hacía tiempo, sin interrupción, la de la adición a las drogas, y en especial a la cocaína. El caso es que costaba muy caro conseguirla, al

menos a diferencia del hachís o el éxtasis, por la zona costera. No es que tuviera apariencia de prostituta, pero eso sí, tenía un par de melones inflados con silicona la mar de apetecibles.

Yo escuchaba toda su historia, y a la vez intentaba relatarle la mía.

–Pues yo estuve de vacaciones los últimos dos años –eso es lo que dicen todos los ex convictos, o al menos, suelen decirlo –pero fue una especie de retiro voluntario. Estuve en una granja perdida en el campo, allá, arriba en las montañas. Quería curarme de un par de adicciones y me dediqué a conseguir eso. Puedo decir que lo he logrado.

–¿Qué tipo de adicciones? –me preguntó.

–Pues las que suelen estar penadas por la ley, ya sabés... robos y ese tipo de cosas, pero no es lo que vos creés.

–¿A qué te referís?... yo estoy acostumbrada, vivo rodeada de gitanos y ellos son unos expertos en el bandilaje. Además estás viviendo en una de las ciudades más corruptas de la costa de los veraneantes.

–De eso ya me di cuenta –le dije.

Todo cuanto me relataba de su trayectoria vital, sus viajes y sus infortunios, así como los múltiples divorcios que tuvo, fue de gran interés para mí. Era triste mirarla, pero las ganas que tenía de tumbarla boca abajo y arrancarle las bombachas con la boca, por muchos cuarenta y pico o cincuenta y tantos años que pudiera llegar a tener, no me importaba en lo más mínimo. Lo hice cómo pude, y al seducirla de a poco con leves besuqueos y abrazos en la cintura, pude llevarla al catre y chuparle ese par de melones que tenía por pechos. Cuando se las toqué, parecían dos pelotas de fútbol. Su culo era igual de duro y tieso y mi aparto sexual ya no daba más, me dolía de estar encerrado en el pantalón. Lo saqué de inmediato y se empinó como si se tratara de un palo de jabalina, a punto de ser usado para saltar la altura más alta. Mientras los dos nos besuqueábamos, nos juramos amistad eterna y de a ratos volvía ella a meterse por la nariz el polvo blanco que, sin él, seguramente nunca la hubiera conocido. Pero no, nos habíamos caído bien. Los dos nos habíamos entendido de perlas. Ella supo leerme en la mirada lo que hacía mucho tiempo pocas

mujeres habían sabido leer en la retina de mis ojos.

En la mesita de luz, al día siguiente, una nota escrita con pintalabios me explicaba porqué se tuvo que marchar antes de lo que debía. Lo que era raro es que no recordaba cómo carajo me había dormido, y lo que era peor, ni siquiera recordaba habérmela chingado, y eso sí que no me cayó nada bien.

5

Me fijé en el calendario colgado en la pared de la habitación, y era un tal sábado el día que marcaba la fecha que podía llegar a leer. Era temprano aún, podía salir a la calle, disfrutar un poco del sol y meterme de nuevo en el apartamento. El calor era sofocante, me obligaba a levantarme de un salto de la cama. En el exterior la cosa era peor, los rayos de sol pegaban tan fuerte en el destartalado auto de Andrés que, por más que le pusiera unos enormes parasoles tapando el parabrisas, se podían freír huevos en el salpicadero. Un día me subí adentro y el condenado motor no arrancaba. En la costa de los veraneantes un ser humano no podía vivir sin un medio de transporte, pues las carreteras son todas horizontales, con solamente dos sentidos, como mucho. No hay posibilidad de moverse sin un par ruedas o una carrocería.

Como los fines de semana no trabajaba los dedicaba a pasear, o disfrutar del clima, solamente hasta que llegara el día oportuno para comenzar con todos los preparativos. En la playa, corriendo y a veces ejercitando los músculos, saneaba la circulación sanguínea y me preparaba para los posibles combates que en el futuro se disputaran.

Luego de ducharme y quitarme la grasa del cuerpo, me subo al auto y enfilo la carretera en dirección a la casa de Andrés, sin detenerme a comprar nada, ni cigarrillos, y eso que siempre lo hacía. Allí, en su desordenada y todavía en construcción, la casa de Andrés tenía los suficientes invitados para organizar una fiesta sin que nadie se interpusiera en nuestro camino. Estaba la pandilla de Andrés a pleno, la misma que yo había conocido hacía unos años atrás.

Los dos gemelos colgados eran de los primeros. Uno se llamaba Rocco, y el otro Manuel. Nacieron de la misma mujer el mismo día y los dos se parecían asombrosamente, sobre todo en las facciones del mentón, el cráneo y el perfil, pero eso sí, las miradas de los dos eran completamente diferentes. Al menos era la única manera de saber

quién era uno y quién era el otro. De noche, era fácil de confundirlos, y los tipos se aprovechaban de ello en los muchos golpes que cometían. Al lado de los gemelos, estaba Hermenegildo, un chico que se había estado dedicando toda su vida a la mecánica de autos. Era un experto, y tenía su propio negocio y hasta empleados que hacían los chanchullos que Hermenegildo había relegado por hartazgo y excesiva experiencia. Pero eso sí, mantenía sus cuarenta bien a tono. Su mujer se llamaba Griselda, y se encontraba a su lado inseparable como solía estar siempre, siempre al lado de Hermenegildo, su fiel y adorable marido, aunque ambos supieran que vivir constantemente al filo de la navaja les traería disgustos, tarde o temprano. Hermenegildo se dedicaba a vender porros en el taller de autos que regentaba, al mediodía, con regularidad. Los clientes que sabían de la tapadera del taller se acercaban y, en vez de reparar una bujía o cualquier pieza del motor, le compraban hachís a Hermenegildo.

Y para terminar, de pie y sosteniendo un cubata de ron, estaba un viejo amigo de correrías juveniles de la costa de los veraneantes, el famoso doctor manzana, la cara de babuino más famosa de la costa, el viejo mequetrefe indispuesto ganador de todos los premios mundiales de adictos a la cocaína, el viejo perro de la calle o viejo lobo de mar conocido como Rodolfito. Un tipo casado, con cuatro hijos y adicto a las putas, la noche, la cocaína y las aventuras extra matrimoniales. Rodolfito era, a mi parecer, la persona más idónea con la que acabaría congeniando.

–¡Aquí está nuestro amigo! –gritó eufórico Andrés, cuando se acercó a la puerta para recibirme.

Entré restregando en el felpudo la suela de los zapatos llenas de barro.

–Qué pasa loco –le dije a Andrés dándole unas palmaditas en la nuca–, llevo esperando ahí afuera media hora a que me abras la puerta. Se me estaban congelando los huevos.

–Pasá y tomate algo refrescante, dale, servirte una copa de ron. –me dijo.

Andrés estaba de lo más conciliador y se comportaba como el maestro de ceremonias de una función de cabaret.

–¿Y Laura? –le pregunté.

–Ah, Laura... tiene que estar en el dormitorio, ya sabés como es –me acabó diciendo con un guiño de ojo.

Cuando Laura tenía que vestirse de gala para salir de noche a tomar unos tragos, por más que fuéramos a la esquina a sorber un helado o solamente quisiéramos estar chupando una cerveza en cualquier bar, le dedicaba como mínimo una o dos horas a peinarse, maquillarse los labios, piernas, ojos, y elegir el vestido adecuado para salir afuera, así como los zapatos y cualquier fetichismo más. Supongo que eso nunca pude soportarlo. A Laura le gustaba también coleccionar mascotas de la calle. Simplemente, cuando veía un animalito perdido y sin dueño, sin hogar, no podía remediar el atraparlo y meterlo dentro de una jaula en el interior de su casa, para cuidarlo y amamantarlo, que según ella era lo que estaba haciendo. Lo último que había metido en la casa fue un pequeño pajarito del jardín, que apenas sabía volar. Al parecer tenía una de las alitas partida por la mitad. Era sorprendente que el gato negro no se lo comiera de un solo bocado. Pero allí estaba él, la nueva mascota de Laura: un pajarito que se comportaba como un perro, pues caminaba y corría con sus finas patitas por la casa. Más de una vez estuve a punto de pisarlo. Pero allí a donde estaba a punto de ser machacado por la suela de mi zapato, el pajarito emprendía milagrosamente el vuelo mediante una de sus alitas, como espantado por un ciclón.

–¡Cuidado, no vayas a matar a Paquito! –me gritó Laura, desde el dormitorio.

–No te preocupés, lo cuidaré como si fuera mío –le dije.

En realidad el animalejo me daba asco, me apestaba ver ese bicho que no pertenecía al mismo hábitat natural que el mío, cuando el suyo era estar afuera posado sobre la rama de un árbol. Lo cierto es que Laurita no tenía inconvenientes en destruir las barreras medioambientales de su casa y del propio jardín, mezclando diferentes tipos de bestias, animales, vegetales y otros monstruos con tal de crear una pequeña galería de esperpentos naturales. Por cierto, había una iguana metida en una pecera de cristal más ofuscada que un sapo hinchado con la panza boca arriba.

–¿Qué bicho más raro es este? –le pregunto, refiriéndome a la iguana.

–Eso es, bueno, es un bicho... –dice Andrés.

–Pues le falta un sombrero y se parece a Churchill.

Y una risotada proveniente de la cocina me hizo espabilar, la cual se trataba de Rodolfito que estaba leyendo un mensaje del celular. Un aparato la mar de moderno. Maldita sea, yo también quería uno de esos chismes para mí.

Rodolfito me mostró lo que acababa de hacer: un par de rayas de pala para introducirlas ni bien quisiéramos.

–Cortesía de la casa, Johnny –me dice.

–Sí que me conocés bien, amigo –le digo agradeciéndole el detalle, mientras que con una pequeña tarjeta me llevo un montoncito blanco al orificio respiratorio.

–Vas a ver que bien está la merca –me comenta con tembleques en la mano–, se la compro a un patovika que tiene cara de ruso, o yugoslavo, lo que si tiene es pinta de estar entrenado para matar. Es el patovika de un boliche que esta a diez kilómetros del pueblo. Si querés luego vamos allá. En realidad siempre salgo allí, se llama "Dreaming", y no está nada mal. ¡¡Mierda!! –Agregó– pero si con vos estuvimos allí hace dos años, justamente cuando probé yo la primera raya de cocaína, bien que lo recuerdo.

La memoria de Rodolfito no podía ser menos inexacta, pues ciertamente antes de entrar en el agujero por tiempo indefinido mi libertad me daba la oportunidad de gozar de la noche y los despilfarros costeros sin prejuicios ni preámbulos. La pandilla en aquella época era considerablemente grande. Formábamos una piña de hasta diez colgados con ganas de estar las veinticuatro horas borrachos y drogándonos con éxtasis. En aquellos tiempos el éxtasis era suficientemente barato para otorgarnos todo el poder necesario para nuestras diabluras, y emprendíamos días enteros, a veces semanas sin despegarnos de la botella ni del ruido interminable de las fiestas locas y desbordantes. Pero eso forma parte del pasado, era algo que ya no ocurría ahora, mientras Rodolfito continuaba pagando la hipoteca de la casa, de su nuevo y flamante Lamborghinni (su negocio

le daba el suficiente dinero para mantener una vida de jeque árabe) y le daba de comer a sus críos y vestía con los mejores trapos diseñados a su hermosa mujer.

Mientras arman enormes trompetas de marihuana y beben de los cubatas, los gemelos chiflados, Rocco y Manuel, me vienen a saludar.

–¿Todo bien Johnny? –me pregunta Rocco– ¿Todo bien luego de tu jornada en el infierno?

–Claro que sí, amigos, ya estoy recuperado por completo de todo ese infierno, aunque tampoco fue para tanto, solamente estuve en una granja de desintoxicación.

–Pero no te desintoxicaste una mierda, eso seguro –agregó Manolito...

–No podemos hacer eso, supongo. Al menos pagué mi deuda con la justicia, y ahora estoy libre y saltando como una langosta. Como ven, sigo manteniéndome joven.

–Estás hecho un toro, Johnny –me dijo Rocco.

–A ver cuándo nos vamos de joda por ahí y te presento unas minitas. – me dice Manuel.

–Dale Manolito, no estaría nada mal, pero que nada mal –le respondo.

Por mi espalda aparece Andrés con un cubata de ron, que me da de beber hasta que lo trago por entero, profusamente durante sendos segundos hasta saciar mi sed y frenar la sequedad que se me había pegoteado en los labios. Al refrescarme, se me calmaron las ideas. Miré el cuadro que estaba delante de mí, y me sentí como Ali Baba en la cueva de los cuarenta ladrones. No pasan ni unos minutos que Andrés y Rocco, junto a Rodolfito, comienzan a hacer los planes.

–Está bien –comienza Manuel –, si vamos al casino, les aseguro que nos costará caro entrar a los boliches. Está todo manejado por mafias.

–¿Qué pasa en el casino? –pregunta Griselda desde la otra punta, como incordiando.

–¿El que está en el puerto de barcos? –pregunta Hermenegildo.

–Ese mismo...

–Pues que te obligan a que les dones tus órganos para entrar –dice Rocco–. Olvídalo. Yo no pienso poner un pie ahí adentro. Vayamos a

la Dreaming, es uno de los mejores antros que hay por aquí.

Y desde la otra punta, a lo lejos y cubierto por las sombras, con el cubata vacío y solamente un pequeño trozo de hielo en él, pregunto:

–¿Y si vamos a La Perla?

–¿La Perla sigue abierta?, ¿No la habían clausurado el año pasado por ruido y peleas callejeras? –pregunta Rocco.

–Eso parece, pero hace unas semanas volvieron a abrir las puertas –dije–, y están armando un escándalo de la gran puta, amigos. Estuve el otro día allí adentro, y vaya mujeronas que están metidas en esa pecera de tiburones. Están la mayoría solas, con mil buitres embriagados revoloteando alrededor de ellas babeando espuma, poseídos por los estupefacientes. Están los críos de hoy en día más zarpados que antes. Vaya polleras más bonitas hay allí, colegas.

Entonces apareció Laura y se sentó en un sillón, recién maquillada, con un pantalón negro ajustado y el pelo peinado doscientas mil veces, brillante y lleno de purpurina. Lo cierto es que me parecía mucho más atractiva sin todo ese potingue encima suya.

–Hace mucho que no vamos a La Perla –dice Laurita–, y además, como acaban de abrir hace pocos días, la entrada no estará nada cara. Yo voto por ir a La Perla.

–¡¡Quien quiera ir a La Perla que levante la mano!! –grita entusiasmada Griselda.

Y en apenas unos minutos ya estamos levantando el campamento, borrachos algunos, extasiados otros y puestos hasta las cejas de otras sustancias prohibidas emprendemos la marcha hacia la noche. Usamos cada uno nuestros automóviles, y en caravana nos dirigimos a La Perla, el boliche que teníamos designado con mis compinches para dar el golpe y disfrutar de una velada con los viejos amigos de las correrías juveniles, (aunque en el baúl del coche guardara algunas herramientas de la lista que tenía preparada). Si alguien abría el capó del coche, encontraría un bate de béisbol y un par de sogas, cosa que no era de aconsejar. Al menos no tan de temprano.

6

Tenía la radio a tope dentro del automóvil, mientras seguía los pasos de Rodolfito que iba detrás de la caravana de autos. Aquello parecía el cuento de nunca acabar. Como es un viaje largo, saco medio brazo afuera de la ventana disfrutando de la tibia brisa de una noche de verano, al menos es una de las mejores situaciones que un conductor fatigado y con insomnio puede tener. De repente suena el celular y lo atiendo con la mano derecha. Es Rodolfito, y no sé por qué sabía que acabaría llamándome.

–¿Johnny, estás ahí? –me pregunta.

–¿Qué pasa, Rodolfito, cambio de planes?

–Me temo que sí, pues que en ves de ir a La Perla, vamos a La Dreaming, nada más eso.

–¡De qué mierda me estás hablando! –le digo, mientras intento maniobrar el volante en medio de las curvas poco iluminadas, sin apenas visibilidad– ¿no es que habíamos quedado en ir a La Perla? ¿No ves que en ese antro de ricachones nos van a cortar la cabeza para entrar?

–Es lo que hay, Johnny. La decisión está tomada. Hablá con Rocco.

Le colgué el teléfono de inmediato, y acto seguido marqué el número del celular de Rocco, que iría acompañado de su hermano Manuel.

–Rocco –le digo de inmediato, ni bien me atiende pasados unos segundos– ¿qué es eso de que vamos a la Dreaming?

–Pues eso, Johnny, es que allí tenemos unas amigas que están festejando un cumpleaños, y si vamos nos invitarán a todos los tragos que queramos. No te preocupés, te prometo que la próxima vez vamos a La Perla sin discusión de ninguna clase. Palabra de ex combatiente –terminó diciendo.

–Qué puto que sos –le recrimino, y escucho una risotada del otro lado que confirmaba que al final se acabaría saliendo con la suya,

como con regularidad solía hacer.

Había poca luz en el aparcamiento para introducir el coche, pues era un descampado con un camino de barro. Me metí por el terraplén con curvas y rocas y encontré a los demás coches de mis colegas, que estaban formando una especie de círculo, algunos incluso con las manos ocupadas. Ya me entienden.

–Vaya, vaya, los dejo solos unos minutos y miren como están, abriendo el tabique sin esperarme –les replico, ni bien me bajo del automóvil.

–Eh, Johnny, no te enojés si no vamos a La Perla. Mirá qué bueno está esto –me dice Rocco, señalándome una enorme edificación en forma de pirámide, con placas de cristal en las paredes, iluminadas con luces y focos apuntando el cielo, con un enorme cartel suspendido arriba del techo, de luces de neón rojas, en donde se podía leer: La Dreaming. En la puerta podía verse una flota de soldados de la legión listos para cachearte el cuerpo en busca de navajas. Suerte que las tenía todas en el maletero.

–Bien, ¿y cómo haremos para aguantar a esos gorilas de ahí adentro? –pregunto.

–Johnny, con esto –me dice Rodolfito, a mi lado.

Era una bolsita menuda que parecía guardar una especie de polvo blanco, pero no era cocaína. Se trataba de M.D.M.A. ¿Han oído hablar de las drogas esas, el polvo de ángel, el cristal blanco? En fin, era lo que estaba de moda y los chicuelos se levantaban la moral y la estima con esas drogas. Antes nos drogábamos con mierda de caballo, pero igual nos divertíamos. El futuro consiste en estar renovando continuamente algo, pero con el mismo espíritu.

–Con esto aguantamos hasta la maratón de Atenas, Johnny.

–Eso espero –agregué–, porque hasta ahora todo esto no me convence nada. Si vieran lo que es La Perla, me lo agradecerían.

–Acá dentro está lleno de gringas –me asegura Rodolfito.

–Seguro que alguna que otra caerá rendida a tus pies, Johnny –me dice Laurita, apareciendo de improvisto por detrás.

–¡¡Ay, ay –comienza a gritar Griselda luego de meterse un saque–, que me meo, que me meo!!

Y ahí mismo detrás del automóvil, pero visible al fin y al cabo, se pone de cuclillas bajándose el pantalón y comienza a mear como una perra callejera. Ese era el atractivo de Griselda, que cuando bien quería una cosa, iba y lo hacía. Aquella vez tampoco iba a ser diferente.

Adentro del boliche la música suena a un ritmo que me martillea el cráneo. Los gorilas custodian cada esquina y paredes del boliche, tanto que parecemos gallinas en un corral. No, aquellos niños con la raya en medio de la cabeza, con sus relojes recién adquiridos en el puerto de barcos, calzando los mejores zapatos lustrados y sus sonrisas relucientes no eran mi hábitat natural. Necesitaba estar rodeado de la misma calaña que la mía, con lo navajeros, los alcohólicos y balas perdidas. El único lugar donde podía encontrar aquello era en La Perla, u otro lugar de esas mismas características. Me acerqué a Laura y le pregunté si quería venirse conmigo a otro lado, pero estaba junto a su mono adicto al burro y no pensaba dejarlo.

Bien, entonces no tuve más remedio que caer en la tentación, y luego de varias copas me retiro sin despedirme de nadie. Simplemente sé que ellos no me echarán en falta. Manolito estará con alguna piba (tan igual o más borracha que él), Rocco y Rodolfito bailando la conga en medio de la pista, absortos de todo. A los diez minutos ya estaba pisando el pedal del acelerador.

Al llegar encuentro los coches estacionándose en fila en frente de los bares. La gentuza va de un lado a otro, con copas en la mano, abrazando a sus mujeres y berreando como borricos. Es en el puerto de barcos, y lo cierto es que se ha venido un poco abajo. Una construcción de puro hormigón barato de los viejos tiempos, que seguía en pie. Podía ser una reliquia. Al lado estaba el faro, algo que no podía faltar.

No solamente se encuentra La Perla en el puerto, sino que otros cinco boliches daban la oportunidad de elegir según los gustos, y estos eran el Manicomio, El Horno, La Esquina Loca y La Cabaña, y si no recuerdo mal había una especie de cafetería con música cañera de fondo, pero en nada se asemejaba a los recién mencionados. El Manicomio constaba de, como era natural, su espacio para estirar la

pata, una barra con taburetes medianamente altos y otros asientos. Aparentaba una taberna inglesa, algo así como un reducto de músicos y escritores, pero nada más lejos de la verdad. Si metiéramos a cada uno de aquellos personajes, (los que acudían al Manicomio a última hora de la madrugada) dentro de una habitación cerrada con las paredes acolchadas, creeríamos estar dentro de una clínica de desequilibrados mentales. Locos se me queda corto para describirlos. Aquel antro era el filtro perfecto, pues si luego de tantas horas reventándose el cuerpo la gente quería continuar el mismo camino, no le quedaba más remedio que meterse en el Manicomio, por consiguiente la mayoría de la gente terminaba mirándose a la cara y sabiendo una cosa: que todos estaban locos. No por querer divertirse hasta interminables horas, sino por querer estar constantemente al borde del abismo.

Antes de introducirme en La Perla, decido darme un garbeo por “El Horno”, un boquete cerrado con apenas calefacción y ni una puta silla, solamente la barra y un pequeño pasillo más largo que angosto. Un DJ del pueblo con el peinado de paleto pone los discos y no lo hace nada mal. Lo cierto es que se podía estar en ese antro, sobre todo al comienzo, cuando La Perla no había abierto sus puertas y el local se llenaba de gente. Era un agobio. Pero luego, cuando La Perla abrió sus puertas y comenzó a correr la voz, El Horno cayó abajo.

El patovika que custodia El Horno sabe que las peleas ocurren cada noche, sin interrupción, ya sea por los típicos gitanos o maromos u otra gente que siempre enciende la mecha por alguna trifulca, pero nunca llegan a nada, esa es la verdad. Yo mismo estuve a punto de lanzarme a los puñetazos con ese maromo rastrero, pero siempre hay gente que nos separa unos de otros. No es que haya visto correr sangre pero siempre ocurre lo mismo, estos mal nacidos se creen los dueño de la noche, de la tierra que pisamos. Forman bandos y están estratégicamente situados en diferentes zonas del pueblo, controlando las entradas y salida de la droga. Los gitanos, que vivían en las zonas bajas se aglutinaban en edificios cerrados que, gracias a los muros y múltiples pasillos les permitían esconderse en caso de ser perseguidos. Fíjese donde vive el delincuente: en una madriguera, un escondrijo, un

laberinto de escape y huida. Siempre con una calle a su derecha o a su costado para salir corriendo, imposible de atrapar.

El techno industrial suena a todo lo que da, llevo alrededor de cinco o seis cubatas encima, y no están nada baratos. Estoy cansándome de que ellos se lleven toda la viruta y yo solamente una curda de fin de semana. Me fijo en la bolsita de M.D.M.A, y todavía quedan unos cristales sueltos que, si me los como, me darán la suficiente energía para mantenerme de una sola pieza. Pero para tomar drogas hay que mear continuamente, una y otra vez, yendo y viniendo al baño.

Me voy al baño y veo que la puerta está medio atascada, pero me parece algo normal, no he visto un baño en condiciones en ningún antro desde que tengo uso de conciencia. No he visto jamás baños limpios, higiénicos ni nada cuidados en ningún boquete... ¿por qué éste iba a ser un caso diferente?... si la puerta estaba medio atascada o mal cerrada significaba, en el lenguaje nocturno que yo había aprendido, que esa puerta estaba rota y que con una patada se la podía echar abajo, que no había que tener miramientos. Pues eso mismo hice, con el pie, levantando la pierna entera, empujé la madera de la puerta para dentro de una soberana patada, cosa que hizo un ruido que retumbó con profusión. Una de las camareras se abalanzó furiosa hacia mí:

–¡¡Pela gatos!! –me grita enfurecida, con humo saliéndole por las orejas– ¿qué estás haciendo, no ves que está la puerta cerrada?

–Eh, eh, tranquila, tranquila, no hace falta que grites, che –le respondo.

–¡¡Tranquila un carajo!! –continuaba berreándome– ¿ahora quién mierda arregla la puerta, eh?

–¡¡Pero si tengo que mear, calamar!! –la espeté– y ustedes tienen que tener el puto baño en condiciones, carajo. No pueden habilitar el agujero sin tener un baño en condiciones, mierda. Arreglen la puerta y no se pongan a echar berrinches, hijos de la gran puta –le terminé diciendo.

–¿Cómo... qué... qué acabas de decir? –me pregunta anonadada.

–Lo oíste perfectamente. Que arreglen el puto baño si no querés que te mee encima, pendeja de mierda.

–¿Ah sí, conque esa tenemos, eh? –me dijo– Ahora vas a ver, gandul. –Y acto seguido se fue para la puerta de entrada, seguramente para avisarle al patovika que un imbécil de nacimiento se estaba dedicando a tirar todo abajo, puertas incluidas. Y no me equivoqué para nada, pues ya estaba viendo abrirse la puerta con la sombra de un armario empotrado entrando y abriéndose paso sin bajar la mirada. ¿Que qué hay hacer ante este tipo de situaciones? Ya habrán sabido de mi episodio con el patovika del baño de mujeres, pues eso mismo hice en esta oportunidad, aunque no me resultara tan sencillo como aquella vez.

–Che, vos, vení para acá –me dice el patovika, con una voz de trueno.

Ni bien oí esas palabras, mi instinto de supervivencia salió a flor de piel, y con el cubata lleno de hielo en una mano se lo embisto en toda la cara del tipejo. ¡¡Qué suerte tuve, si señores, y que estúpido sin cerebro era este bravucón tan grande y cabezahueca!! Pues el hielo le cayó gusto en un ojo, y como David frente a Goliat, le metí un codazo en las costillas que, por más que apenas le hiciera nada (al golpearle tuve la sensación de estar chocando contra un muro) fue suficiente para abrirme paso por entre su costado y salir corriendo lo máximo que pude. Correr y correr, siempre igual, y eso antes que terminar en la consulta de ningún médico, o lo que era peor, en la camilla de un sanatorio, abandonado y con múltiples fracturas. Logré abrir la puerta de un fuerte empujón y vérmelas en el exterior, para salir corriendo a toda pastilla hacia algún escondite, ¿y qué mejor que otro antro para que no me vean corriendo por ahí? Como siempre, me había salvado por un pelo.

A decir verdad, El Horno era uno de los boquetes más difíciles de birlar, sobre todo por el patovika. Además, el dinero caía a cuenta gotas y era más bien el reducto de los pobretones, de los alcohólicos sin un centavo. En cierto modo, de todos los boliches solamente La Perla lograba aglutinar el suficiente personal para llenar las arcas con montones de billetes. Allí iban todos los extranjeros, al fin y al cabo terminaban allí y se les notaba la billetera llena, y que en La Perla, como abrían durante las dos últimas horas de la noche hasta las siete

de la mañana, era donde terminaba todo el dinero, lo que faltaba, y los pibes iban allí, gastaban sus últimos cuartos hasta que no les quedaba nada en los bolsillos y terminaban rendidos.

7

Cuando abrí los ojos y vi el techo de la habitación, no recordaba cómo diantres había llegado allí. Al parecer estuve toda la noche, las dos horas restantes, tirado en una esquina del antro El Manicomio, con el vaso lleno en una mano, bebiéndolo de a ratos. Cuando amaneció me subí al coche y me vine hacia el apartamento sin recordar con precisión ningunos de esos actos. Lo primero que olvidamos es la manera en que dejamos el boliche, o el camino de regreso. Es algo que no recordamos, pues se trata de un acto totalmente mecánico. Así, que imagínese entrar borracho en la pensión, abriendo y cerrando la puerta. Básicamente es como si nunca hubiera ocurrido.

Me fijé en el teléfono celular y había un mensaje de Julieta que decía así:

"Hola cariño, ¿cómo pasaste el día después?..."–se refería, sin duda, al día posterior de la intoxicada que tuvimos en el apartamento. Vaya, al menos tenía el suficiente crédito para responderla. El caso es que, en los momentos que más necesitaba a Julieta, ella no estaba, ni en los más penosos y difíciles y tristes momentos, ella, que sabía que era la única que podía escucharme (porque todo lo que le decía le entraba por un oído y le salía por el otro), se había convertido en mi confidente. Pero llevaba una vida muy atareada, aparte de tener una hija con la edad suficiente para ser estrella de cine o comerse el mundo sin necesidad de nadie. Julieta era ese tipo de mujeres que no habían podido dejar la adolescencia, o su primigenia juventud. La adultez no le hizo mella, ni siquiera el paso de los años. Nada, seguía manteniéndose una diosa, con sus pechos de silicona y un enorme culo de cuarentona experta en las más viles artes del sadomasoquismo. Pero evidentemente éramos peces de diferentes lagunas.

Me desperté con un fuerte dolor en la cabeza. Siempre sucedía igual, la resaca dominguera. Había métodos para combatirla, pastillas efervescentes, inyecciones de vitaminas C o cosas por el estilo. Lo único que hacía yo era cambiar un dolor por otro; en vez de la resaca,

por el de la intoxicación con cannabis. Al día siguiente me esperaría otra jornada de trabajo, y como es domingo con un calor sofocante aprovecho para dar un garbeo por el exterior, y disfrutar de la costa de los veraneantes.

Qué bonito lugar para vivir, se dice uno, mientras camina por el paseo marítimo bajo un radiante sol de verano, a las tres de la tarde, rodeado de fastuosas estatuas de mármol, piedra y otras clase de calizas. Todo parece sacado de un cuento de hadas, y nos creemos todo eso mientras nos dedicamos a vivir de la manera más libre y solidaria, y fuera de ese universo costero y soleado observamos el mundo y las muertes atroces que recorren el planeta, pero para nosotros todo eso no existe, son películas de Hollywood, nada más, que alquilamos en el videoclub más cercano. Nos encanta salir de noche y comer en el mejor restaurante de mariscos. Son lugares lujosos, donde el chef es uno de los más prestigiosos del país. Pero cuando queremos darnos cuenta de la estafa, el decorado endeble ya ha caído, y es tarde para revertir el lavado de cerebro al que estuvimos expuestos, y mejor así. Pero en otros tiempos pasados la cosa era diferente, cuando la farándula de la costa recorría la carretera en porches descapotables, con hermosas mujeres en bikini, cuando no existían apenas hoteles y solamente había uno o dos, que eran suficientes para todos. Cuando el asfalto y el acero no habían destruido las postales de esa vieja costa de verano, ahora, cuando las palmeras se intoxican con el humo de camiones y miles de autos que van en una dirección a otra, continuamente todos los días, con embotellamientos, colas interminables y una congestión de ruido insoportable, me da que pensar si no es verdad aquello que decían, que todo tiempo pasado fue mejor. Las pocas zonas verdes fueron mutiladas por edificios de hormigón que tapan la vista al mar, y al mismo tiempo, a la sierra que está detrás. Por eso, si el alcalde de la ciudad y los ministros de turno (los mismos que votaban las leyes para talar árboles y edificar sin permiso) se adineraban con fajos verdes sin miramientos, ¿Por qué no iba a tener yo el mismo derecho al saqueo y la apropiación indebida?

De regreso a la pensión me encuentro con una nota en el suelo,

deslizada por debajo de la puerta. Vaya, espero que no sea por ningún asunto de dinero ni problemas con la casera. Es en realidad una advertencia, que me dice que ponga orden en el apartamento, debido a que se han quejado de un cierto "olor nauseabundo" que emana por la ventana del inquilino, y que ese inquilino, es precisamente usted Don Ignacio Arturo Pérez, y que "si es posible lave la ropa, saque la comida podrida de la basura y no deje revolotear las moscas por encima de la mierda". Era una nota para tomar en cuenta, tampoco debía yo estar alborotando cuando ni siquiera había comenzado a ponerme las botas.

Sin remedio, me puse a ordenar la ropa que estaba desperdigada en una esquina, formando una enorme montaña odorífera pestilente. En el tacho de la basura estaba la comida que me había zampado el día anterior, con el hambre del alcohólico que llega luego de deshidratarse toda una noche entera. Pero a mi aquello no me funcionaba, en cambio comía mal y luego, si tenía mala suerte, lo vomitaba también al tacho de la basura, así que el tacho era una mezcla de vómitos y comida podrida que seguramente fuera el causante de esa invasión de moscas de la que versaba el texto. En fin, compraré un veneno pulverizador de insectos y que les den por el culo, y tiraré la chatarra maloliente del tacho por el canal de desagüe de los canales de la ciudad, y listo. Tampoco tengo tiempo de estar barriendo como si fuera un ama de casa. Exacto, la cosa se había cumplido con obediencia y prolijidad. La casera me vio salir el día siguiente y me dio el aviso, que si luego de dos semanas continuaba habiendo ese mal olor, habría de echarme sin posibilidad de que me quejara. Así eran las cosas allí.

En el trabajo no estuve muy al tanto tampoco de las mesas libres. Los comensales se quejaban cuando no les atendía incluso cuando me llamaban estando al lado de mí, de lo tan absorto que estaba maquinando los intrincados asuntos que me traía entre manos que no pude asegurarme el puesto. Alfredito me llevó a una parte trasera del restaurante.

–Bueno Johnny, ¿qué carajo te pasa? Los turistas se están quejando de que no les llevás la bebida cuando te la están pidiendo. ¿Perdés la

memoria o qué? Ya sabés lo que va a pasar si seguís así.

–No pasa nada, patrón, no pasa nada –le comencé diciendo despectivamente–, pero con tantas bellezas dando vueltas por la costa, con esas polleritas, en fin, que uno no puede ser un camarero las ocho horas que dura su jornada. Si quiere, me voy ahora mismo, si es que no está contento con mi servicio.

–No es eso Johnny, no se trata de....

–¿Y entonces de qué mierda se trata, me cago en la puta, si no es de eso? Si me quiere echar hágalo ahora y no cacaree por la boca como una gallinita ciega. No sea puto –le digo delante suya –y si tenés los huevos en su lugar para decirme que estoy despedido, hacélo, bola de sebo.

–No es eso, carajo, ya te dije que estás en tu casa, pero simplemente te estoy avisando de los problemas que conlleva...

–Problemas una mierda –le digo–, ya podés darle el delantal a otro que yo me voy de esta pocilga y no volveré de nuevo. Me despido yo mismo. Ni siquiera podés comprender que los comensales son unos pelotudos que les gusta joder al mozo pidiéndole cosas que luego no van a querer. No son más que gringos de mierda.

–De acuerdo, Johnny, si eso es lo que querés, adelante, andáte de acá. Pero no volvás de nuevo, porque así no se hacen las...

Antes de que terminara la frase ya estaba virado de espaldas, yéndome a la calle en busca de mi Peugeot 206. Todavía eran las seis de la tarde. Hermenegildo me habló de un nuevo garito que estaba en la playa, llamado “La taberna playera”. Eran especialistas en preparar mojitos cubanos, y al entrar había una huerta improvisada donde plantaban la menta que usaban para preparar los cocktails. Me fui para allá como una bala disparada por un cañón, y antes de eso les lancé un cable a Andrés y Laura, que estimaron oportuno acompañarme, aparte de que ellos tenían todo el día libre.

Las mujeronas danzaban a ritmos caribeños, moviendo sus traseros de un lado para otro. El calor no cejaba en su empeño de convertirnos en mejillones asados. En la playa, la arena estaba caliente y aunque quisiera ir descalzo no podía. Nos sentamos cada uno de los tres en una mesa con unos mojitos, y con las gafas de sol veía todo oscuro y

apenas distinguía la arena de la madera del suelo del boliche.

–Este local es de unos cubanos –dice Andrés.

–No está nada mal. –digo yo.

–Es un lugar para pasar la tarde y finalizar bien la semana. Pero abre todos los días. –agregó Laurita.

–Lo que hacen aquí, es lo mismo que hacen los otros, ya me entienden.

–¿A qué te referís?

–Pues que están desvalijando las arcas de los contribuyentes, no sé si me explico.

–Sí, obvio –dice Andrés.

–En fin, o somos los únicos peleles que no estamos sacando una porción del pastel de esta costa, o las vacas vuelan. Miren a su alrededor, están todos forrándose, menos nosotros. Necesitamos acción, chicos, acción.

–Como digas, Johnny, yo estoy preparado –dice Andrés, con una mueca de desprecio a la sociedad.

–¿Qué es eso de que te echaron del laburo? –me pregunta Laura.

–No me echó nadie, muñequita –le digo–, me fui por mi propia cuenta, luego de que el capataz me tocara las pelotas sobre que desatendía a los gringos de mierda esos.

–Vaya, ¿y cómo harás ahora para pagarle a la casera?

–Pues del único modo que puedo hacerlo, sacándole unos pellizcos a la sociedad de consumo, ¿o es que no me conocés? Hasta que haga lo que deba hacer.

Andrés bebía de la copa satisfecho de la decisión de habernos juntado. Ellos, a punto de ser echados del domicilio y con necesidades económicas importantes, no daban más y estaban a la espera de que Rocco, e incluso Hermenegildo y Rodolfito pusieran parte de su coraje para apurar el asalto. Estábamos a la espera del disparo de salida, que supuestamente debía ser yo el que debía darlo. Pero todavía no había comenzado el segundo mes del trimestre veraniego, y durante las primeras semanas la caja fuerte de La Perla debía estar sin llenar aún. Había que tener paciencia, y acomodarse mejor en la costa hasta tenerlo todo en su lugar.

–El caso es que –decía Laura–, me gusta vivir acá, Johnny, en el fondo nos lo pasamos bien. Y si veo que hay riesgos de que me detengan, no participaré en el asalto.

–¿A qué te referís, muñequita? –le pregunté sorprendido.

–No sé Johnny, mirá a tu alrededor, es algo hermoso, esta hermosa playa, "la taberna playera", en fin, no vivimos en un mal lugar. Hay cloacas peores que esta, ya me entendés.

–¿Pero no ves que está a punto de caerse todo como un castillo de naipes? Es la ilusión óptica que nos pretenden hacer creer que existe. Deberías ser la primera que sabe que todo esto es un teatro, y que está a punto de caer por su propio peso. Y si eso ocurre, no estaría mal aprovecharnos de unos cuantos mal nacidos que andan por ahí.

La costa de los veraneantes estaba llena de gente jubilada que se dedicaba a malgastar su fortuna en ostentosos viajes al caribe, días enteros jugando en los mejores campos de golf y cenando en los restaurantes con mejores tenedores. No es que hicieran nada malo, pero eran el motor de la industria del ocio y la diversión de la costa. A mi parecer formaban parte de las victimas, más que de los victimarios. Pero ellos hacían mover la canasta de la compra de la clase servicial, la otra parte de la población de la zona, que eran los gitanos, los basureros, los extranjeros, los sirvientes y mozos (como yo) y todo tipo de personajes que formaban parte de un enorme hotel, que era el hotel del retiro social ya mencionado. ¿Qué llegaría a pasar si toda esa gente dejara de existir, o se retiraran a otros parajes, o directamente no hubiera más jubilados? ¿Qué sucedería con toda la industria del ocio, a dónde iría a parar? Antes de que ese imperio se derrumbara por su propio peso, yo iba a tomar cartas en el asunto en lo que a mi me concernía.

8

Aquí comienza la parte en la que, sin saber cómo, estoy a punto de terminar en la calle. La noche anterior Laura me había hablado de “la agencia de parados” que te buscaban empleo si rellenabas un formulario. No dudé ni un segundo en ir hasta allí, con la cara de un cervatillo hambriento rogando un miserable puesto de trabajo. La cosa es que casi pierdo un ojo para conseguir uno.

Era “la agencia de parados” una sucia y maloliente oficina, un monoestudio de una sola pieza, como un monobloque. Adentro, había tres chicas jóvenes que eran las asistentas, y una de ellas, por supuesto, era la que se encargaba de dirigir el cotarro, o la gerente, como la llamaban. Al principio pensé que me recibirían como un empleado que aparece a ofrecer su mejor sonrisa para formar parte de la empresa. Pero no todo lo que reluce es del color del oro, sino más bien fue aquello una enorme decepción. Una de las chicas me atendió sonriente, con una mueca petrificada de fulgor en su boca. Los mofletes se le hinchaban a medida que sonreía.

–Hola amigo –me saludó al comienzo–, ¿Cómo te llamás?

–Encantado, señorita –le dije– me llamo Ignacio Arturo Pérez. Un placer.

–Bueno Ignacio, o si querés te llamo Nacho. ¿Te suelen llamar así?

–Llámeme Ignacio, a secas.

–Dale Ignacio, pasá, sentáte. –dijo, como queriendo hacer una broma, ¿o es que era un chiste?

Posé mi trasero en el asiento felpudo con hierros negros que me prestó la amable chica. Era atractiva, morocha con el pelo enrulado que le caía por un lado del hombro, con anteojos que la volvían más sexy si cabe, con pequeños lunares dispersados por las mejillas. Lo cierto es que no puedo evitar sentirme atraído por semejante belleza, así que soy consciente que la entrevista será un fiasco, pues solo estaré pensando en sus bonitos pechos, su hermosa boca y su delicioso culo.

–Bien, según estoy leyendo en este papel –le había dado unas hojas en donde estaba impreso mi currículum –dice que llevás siendo mozo de fábrica, camarero de restaurante... bueno, tenemos puestos de trabajo de estas características. Lo que pasa es que, como comprenderás, hay mucha gente que nos deja su currículum y no damos a vasto. Creo que si en la próxima semana no aparece nada, entonces llámanos, a ver qué podemos hacer. Pero no te prometo nada –me advirtió.

Aquello no me gustó nada. Cabizbajo y malhumorado le intenté dejar constante una cosa, que yo quería trabajar.

–Señorita, vengo aquí a dejar mi mejor sonrisa, mi mejor pose, y eso es para conseguir un empleo, pues lo necesito para pagarme la ropa y la pensión donde vivo.

–Todo eso está bien, pero nosotros no somos una O.N.G. ni un convento de monjas. Tenemos clientes que nos piden una clase de profesionales, y si no encontramos a esa gente, no hay nada que hacer.

–Estoy dispuesto a hacer lo que sea, señorita, ya sea manejar un tractor u ordeñar una vaca, no me importa, necesito el dinero.

–Bien, veré que podemos hacer.

No era del todo cierto todo cuanto me había prometido. En realidad, cada vez que hablaba me estaba engatusando. Nunca decía la verdad. Siempre se escondía en frases ya preparadas para espantar al moscardón.

Luego de una semana no aparecía nada de nada, y el teléfono apenas se movía de su lugar. Tuve que estar yendo personalmente a la maloliente oficina para dejar constancia que estaba más que harto de no tener una oportunidad. Una de las asistentas (que era a la vez secretaria y empleada de la “agencia”) me recibió un buen día, hecha una fiera, cuando estaba aporreando yo la puerta de vidrio para que me abrieran.

–¡Te dijimos que no tenemos nada para vos, ¿es que no comprendés las cosas?! –me gritó desde la puerta.

–Oiga, se supone que ustedes dan trabajo, aquí está pasando algo raro y no quieren decirme lo que es. Ya debería haber aparecido algo, alguna pequeñez en algún supermercado, alguna tontería de esas.

–Bien –dijo–, ya pudiste conmigo. Hay un puesto de trabajo, ¿pero vos podrás hacerlo?

–Lo que sea, ya te dije que haré lo que sea –le continuaba insistiendo.

El asunto del empleo era simple, se trataba de levantar una carpa de una empresa de turismo, una que se dedicaba a la industria del ocio, al igual que la mayoría de los habitantes de la costa. Se trataba de una empresa que tenía hoteles y prácticamente una ciudad veraniega levantada de la nada. Venían aquí a promocionar su espectacular paraíso en la tierra, y para ello necesitaban levantar una carpa, instalar una exposición de información, incluso con juegos acuáticos y demás pelotudeces. A mí, lo único que me importaba era el tema de la carpa, pues nunca en mi vida había levantado una.

A los dos días ya tenía que estar en mi puesto de trabajo, como peón en una cuadrilla de mozos para levantar una sucia carpa. Llegué allí con el auto, y un poco de humo del radiador comenzó a salir por la parte derecha del capó. Saqué la botella de agua del salpicadero e hidraté el motor. No sabía cuánto iba a durarme aquel cacharro, y era un milagro que aún no me hubiera dejado tirado en la calle.

Me bajé cerrando de un portazo y me dirigí a lo que parecía un campo de cemento, ya que se veía que llevaban dos o tres días con los preparativos. Miles de hierros largos, de diferente altura y distinto peso, enormes paredes de plástico y una lona blanca que se levantaba desde lo alto hasta la cúpula. No era cosa pequeña, lo que me preguntaba era qué clase de ocupación terminaría empleando yo.

–Bien –me dijo un tipo con cara de mandamás– ¿vos sos el muchacho nuevo que viene de la agencia de parados, no es así?

–El mismo –le respondí– Creo que he llegado puntal, a las diez y media, como marca el papelito.

–Sí, sí, ya haremos cuentas con el horario para cuando te haga el cheque, ahora andáte con esos de allá –me dijo, señalándome un grupo de obreros que, algunos sentados y otros de pie, aguardaban órdenes.

"*Esos de allá*" era la cuadrilla de la "agencias de parados", la misma que llevaba haciendo todos los chanchullos rastreros con la mayor

eficiencia. Era gente acostumbrada a que la trataran así: hacé esto, hacé lo otro. Eran como seis o siete. Algunos serían de la localidad, pero otros, y no tantos, eran de diferentes países.

–A ver qué nos mandan a hacer –dijo un hombre, un señor encorvado y mediano de estatura, flaco de constitución pero con un rostro enigmático. Lo único que sé, es que era el único que se llevaba bien con todos, mientras que el resto solo podía hablarse con uno o dos colegas, si es que eran amigos suyos. El resto se mantenía en silencio, trabajando cabizbajo sin mirar arriba, sin preguntar ni decir nada. En realidad solo queríamos que pasaran las horas lo más rápido posible, y eso ya era difícil con la clase de trabajo que teníamos que desempeñar. Poner paredes enormes en pequeñas aberturas, y hacerlas encajar. Era una carpa que se armaba y desarmaba con un manual. El primer día terminé con un fuerte dolor en la espalda. No era yo un obrero de construcción, ni mucho menos. Antes, en mi juventud, quizás aguantara todo el trasiego que conllevaba aquel empleo, pero ahora sentía que podía fracturarme un hueso que otro si no me fijaba bien donde me colocaba. Y ahí mismo, en medio de todo el revoltijo, se me acercó el hombre:

–Bien, ¿cómo lo estás llevando, amigo?

–Pues haciendo el trabajo por el que me pagan. Solo quiero que esto acabe pronto.

–¿Estás en “la agencia de parados”, no es así? –me preguntó.

–Eso es colega, al igual que vos y todos estos matados de acá.

–Sí, a nosotros son a los que nos llaman siempre.

–¿Qué es eso de que los llaman siempre? –le pregunto arqueando una ceja.

–Pues siempre que hay un laburo de este estilo, nosotros somos los primeros en ser avisados.

–¡¡Qué mala zorra!! –digo–, la secretaria me ha venido estafando. Así que ustedes están permanentes, ¿no es así?

–Bueno... permanentes... es que somos de confianza y ya nos conocen.

–Claro, claro, y a mi me tienen en la cola, solo porque a ustedes los conocen, ¿verdad?

–Bueno, eso es algo que tendrás que arreglar con ellas, con las asistentas.

No tardé ni medio segundo en llamar a la "agencia" personalmente, excusándome con que iba a fumar un cigarrillo. Me atendió la gerente, que en esas estaba en el despacho.

–Ah, hola Ignacio –me atendió sorprendida– cómo va todo en tu segundo día de...

–Me cago en..., dejá de hablarme como si fuera un cliente especial o algo así...

–Pero...

–Ya sabés porqué te estoy llamando, acabo de conocer a la cuadrilla de permanentes que tienen. ¿Así que durante dos semanas no hubo trabajo, no es así?

–Bueno, eso forma parte de nuestra política. Nosotras somos las que elegimos.

–Pero si hay trabajo tienen que darle trabajo a todos, ¿o es que no tenemos todos el mismo derecho a tener esos empleos, se supone que ustedes le dan trabajo a la gente.

–Bueno, bueno, qué querés que te diga, las cosas son así

–No creo que las cosas tengan que ser así –le inquirí.

–Pues aquí la que mando soy yo, ¿comprendés? es mi empresa y....

–Eh, eh, ¿qué empresa ni mierda en conserva? Vos sos una simple empleada de la maldita organización y mañana podés estar en la calle.

–¡¡Esta es mi empresa!! –me dijo del otro lado– y nosotros elegimos las personas adecuadas para los empleos que se necesitan. Y vos no eras el adecuado.

–¡¡Bruja!! –le grité del otro lado– me tuviste dos semanas engañado ¿y me venís ahora hablando de las políticas de empresa, qué te parece si aplico yo mi propia política de empresa, eh, que te parece si hago eso?

Pero fue inútil, por mucho que intentara meterle en la cabeza a esa señorita que el individuo, el ser humano, estaba antes que una organización privada, todo resultaría en vano.

El sistema capitalista abundaba por cualquier rincón de la costa de los veraneantes. La cabeza de esa gente solo funcionaba haciendo

cuentas con una calculadora. La condición humana se encontraba por los suelos y todo cuanto se había creado en la ciudad era para una sola cosa: destruir al ser humano, en su entera totalidad, y convertirlo en un simple animal devorador de productos y fiestas. Y no es que diga que todas esas ideas sean descabelladas, pues no es menos falso que la condición humana, con sus muchos errores y miles de equivocaciones que a lo largo de los siglos venía cometiendo, no se cansara ya de tanto ajetreo espiritual y decidiera acomodarse en un elegante mundo diseñado por él mismo, por más que le costara la vida poder entrar en él, adaptarse en ese diseño, e incluso mantenerse de una sola pieza dentro de ese diseño, día tras día. No había más que irse al centro comercial y observar el panorama. Todos pinchando un trozo del pastel del dinero que circulaba de mano en mano. La mayoría de la gente sabía una cosa: que ese dinero provenía del afano, la juerga, el vicio y el contrabando. Sabíamos que el dinero que usaban para comprar la comida, la ropa de sus hijos o pagarse las vacaciones provenía de la estafa, de contratos ilegales y miles de arreglos controlados por el más poderoso de los mafiosos de la alcaldía. Solamente pude ir al centro comercial un par de veces. Luego, me fue imposible acudir allí. Lo único que quería era hacerlo estallar por los aires. De todos modos, el mismo centro comercial era una bomba de relojería, y uno se convencía al estar delante de semejante monumento a la muerte que, tarde o temprano, aquello explotaría por sus propios medios. La gente, atropellándose una a otra, intenta ser de la primera en llegar a la puerta del enorme centro comercial. Incluso parece un pasaje extraído de la Biblia: los pobres ciudadanos, perdidos en su fe y su futuro, no hacen más que adorar al becerro de oro, danzando alrededor de él con interminables cánticos y hogueras infernales, que iluminan la impenetrable noche en la lejanía del tiempo.

9

Lectores, lectoras y pequeños lectores que hojean estas páginas, más allá de los enfrentamientos con la ley, con lo establecido, el protagonista siempre ha sabido una cosa: que nunca podría librarse de sus cadenas. Es cierto que vivimos en un mundo libre, siempre y cuando podamos pagárnoslo. ¿Pero qué ocurre cuando la entera sociedad confabulada en contra de uno, no hace más que construir barreras y levantar muros y cercar ciudades, encerrando al ciudadano en el infierno del estado, y de todo cuanto le habían educado? Fíjense, apenas hay diferencia del estricto regimiento de un colegio de bachiller al que se aplica diariamente al ciudadano de a pie. No falta nada: el policía, los jueces, la cárcel.... en el bachiller era lo mismo, con la única diferencia de que no manejábamos dinero. El problema comienza cuando tenés dinero, o querés conseguir dinero, construir una casa y asentarte en un lugar. Ahí, es cuando comienzan todos los problemas. La gente hace lo que puede para salir adelante, y yo no soy una excepción. Si algunas cosas que llegué a cometer son inhumanas, indeseables y no pertenecen a la mera realidad, no es que yo fuera un psicópata, un enfermo mental dispuesto a terminar con todo. Sino que, si la violencia social no había podido conmigo, ni la corrupción política, ni las mentiras contadas interminables veces ¿cómo iban a poder hacerlo los demás trucos inventados para hacernos creer libres y auto suficientes? El telón se estaba cayendo y había que actuar con prontitud, no bajar la cabeza ni tirar la toalla.

Cielo y nubes, y pequeñas gotas de lluvia me saludan un nuevo día, en el que no tengo empleo, y con plena seguridad termine en la calle por fallar al contrato con la arrendataria. Y eso mismo ocurrió aquel día. Estaba tumbado en el catre leyendo una revista muy vacía en contenido pero con muchas ilustraciones, y de repente sendos puñetazos comienzan a aporrear la puerta. No cabía duda de quien se trataba: de la casera. Al abrir la puerta, está ella con su cara redonda, arrugada y con un montón de rulos en el pelo.

–Ignacio, me temo que....

–Sí, señora, no se preocupe, lamento no poder pagarle.

–No lamente nada, Ignacio, con decirme que se irá mañana mismo por la puerta sin armar ningún escándalo, tengo suficiente. Lo he visto venir las últimas noches entrando por esa puerta con un aspecto demasiado, en fin, no sé cómo definirlo, nunca antes había visto a alguien tan "*sacado*". Los demás inquilinos han manifestado quejas de ruidos y portazos que hace usted al llegar. Será que está algo borracho, supongo, y es esa otra razón por la cual quiero que abandone nuestra pensión, Ignacio, y...

–Esta bien, basta ya de tanta queja y tanta habladuría, señora. Cada uno tiene su puta vida y lamento si la mía le ha parecido más atractiva que otra. A lo mejor se entretiene al igual que cuando ve la televisión. ¿no cree?

–Vaya, Ignacio, no es eso, es por el bien común de todos, para que nadie arme escándalos y...

–Bah, tonterías, tonterías –le iba diciendo, mientras me daba palmaditas a mi mismo en la cabeza–, tonterías de idiotas.

–Como quieras. Ya sabés que espero tener vacía la habitación para mañana, y las llaves dejálas adentro.

–No se preocupe, señora, que ya estaba preparando las valijas para irme de inmediato. Bajaré por esas escaleras y no volverá a ver mi trasero otra vez, se lo prometo. Ah, por cierto –le avisé delante de ella, con su mirada de culo de botella paralizante– la habitación está igual a cuando me la encontré, es decir, con agujeros de ratones y manchas de humedad por todas las paredes, así que hágase cargo.

–Oh, maldito, maldito –dijo ella refunfuñando–. Bien, como quieras, andáte ya mismo y desaparecé de este lugar –terminó diciéndome, mientras le caían unas lagrimitas por el costado de un ojo.

Me esperaban duras horas metido en el cacharro pero, de un modo u otro, estaba conforme con lo que había pasado. Un cambio de aires siempre me ha venido bien, como una especie de renacimiento, pero evidentemente tenía que prepararme para un nuevo proyecto. Vivir en un camping no era lo mío, pero visto lo que había, no tenía más remedio.

Los primeros días que pasé dentro del coche fueron un verdadero calvario, por más que Andrés y Laura estuvieran siempre ahí, dejándome sábanas, una almohada y algún menester de ese estilo. Pero era imposible evitar a la benemérita, los uniformados con sombrero, pistolas y palos de amasar puré. Era algo que ya no podía soportar, ver tantos patrulleros por todos lados era algo que me estaba tocando demasiado las pelotas.

Esa misma noche tuve una nueva visita, la del encantador vigilante nocturno o uniformado corrupto de la alcaldía.

–¿Qué hace usted parado con el auto en medio del terraplén? –me inquirió iluminándome con la linterna.

–Ah, agente, usted otra vez por aquí, ¿qué puedo hacer por usted? –le pregunté tratando de incorporarme con rapidez.

–Deme los permisos del auto, y los de manejo –me dice.

–Claro, claro, tome, tome, todo suyo. –le digo, entregándole el papeleo hecho un bollo.

–Bien, ¿dónde vive usted?

–¿Qué donde vivo?... allí, en aquel edificio del fondo –le digo señalándole al final de la carretera.

El entrometido echó una ojeada al interior y vio todas las sábanas puestas en forma de cama en el asiento trasero.

–¿Y eso que tenés atrás qué es? ¿Eso de ahí es una cama, o no es una cama lo que estoy viendo?

–Si, si, pero es para el perro, ya sabe, la uso para que se tire ahí nomás.

–¿Y dónde está el perro?

–Ah, en la casa de una amiga, me lo dejé ayer...

–Seguro. ¿Vos no sabes que hay campings para pasar la noche y no estar tirado en la calle?

–Oiga, como le digo es la cucha del...

–Aquí el único perro que hay sos vos. Y no me vengas con tonterías si no querés acabar en el calabozo, merluzo. Ahora tomátela de acá. Dale.

El hijo puta no me dio tregua y tuve que salir pitando de allí. Esta vez había tenido suerte, pues el agente no decidió revisarme el

maletero, y en caso de haberlo hecho mi destino hubiera sido otro y no el que acabé viviendo.

La casa de Laura, sí, era un buen destino, pero no me convencía del todo. Las ojeras me pesaban terriblemente y apenas me mantenía en pie. Cuando dormimos mal, directamente no dormimos, es como si no hubiéramos dormido nada, y el resto del día caemos sendas veces por la misma fatiga que no pudimos descansar durante la noche, y no sabía si meterme en un camping o encontrar un hueco en la playa, bien escondido. No quería pagarle otra vez a una casera, y menos por alquilar el suelo, cuando podía irme al monte y acampar por mis propios medios.

Tenía el auto en la ladera, a una considerable altura, y como en una especie de mirador de montaña observaba la extensa ciudad de la costa de los veraneantes. Los enormes edificios se levantaban a lo lejos, y las casas de los gitanos, a mi izquierda, pertenecían a la zona baja o donde estaban los almacenes industriales del pueblo. Las calles formaban curvas que zigzagueaban como serpientes enloquecidas recorriendo cada reducto de los barrios. La ciudad había sido fundada hará unos sesenta años, y no más. En la antigüedad no había más que pescadores, y no eran muchos que digamos. Vivian del pescado y de algunas hortalizas, pero nadie se imaginaba lo que en el futuro acabaría convirtiéndose la costa que se expandía virgen y deshabitada durante casi sesenta kilómetros, ininterrumpidamente. Enorme era su longitud, y el nivel de vida que todos llevaban en esos lares no bajaba de la clase media–alta. La baja, incluso los rateros y drogadictos eran abundantes en dinero. Todos rulaban billetes: los mecánicos de autos, los heladeros, los barrenderos, hasta las lujosas discotecas de la noche que durante horas se convertían en aspiradoras despiadadas de monedas de oro.

Abro el maletero del coche y saco unos prismáticos. Apunto hacia el puerto de barcos, donde está situado La Perla, intento encontrarla con el objetivo. Allí está, el puerto de barcos y la construcción de hormigón que era donde se ubicaba el boliche. A estas horas es cuando La Perla no es más que una habitación vacía y medio abandonada, pues apenas dejan nada cuando termina la noche. Luego

lo administran durante las siete horas de oscuridad, sacan el botín y se marchan todos a sus casitas.

El celular comenzó a sonar, y lo atendí mientras el viento de la sierra me arremolinaba el cabello.

–Johnny, ¿estás ahí?, soy Rodolfo –me dijo del otro lado.

–Rodolfito, cómo andás, con vos quería hablar de un asunto que...

–Sí, bueno, dejálo para después. ¿Tenés cosas que hacer o no?

–Aparte de encontrar un lugar donde dormir, no creo. Estoy libre –le respondí.

–¿Pues qué te parece si nos vamos de putas?

–¿Irnos de putas, con qué dinero? Acá las putas son bastante caras, chabón.

–No, no te creas, conozco un puterío que está a treinta kilómetros de mi casa. Se llama El Harén, y hay bastantes rumanas que están muy buenas.

–No me gustan las rumanas, ya lo sabés –le digo.

–Bueno, la que te guste, qué se yo, hay para elegir.

–Sí, pero es que tampoco me gustan las putas, Rodolfito. No sé si sabías eso.

–¿Ah no, y eso por qué? –me pregunta sin vacilación.

–Porque no puedo cogerme un jarrón de flores que no habla, por eso mismo. Y además porque no tengo ganas de tirar mi dinero en un polvo.

–Pues a mi me encantan las putas, colega –me decía riéndose entre dientes.

–Eso ya lo sabemos, y otras cosas más también...

–Sí, claro que sí ¿qué querés, que me quede todo el día como el marido ideal no haciendo nada ilícito, ni nada prohibido? Ya me dirás qué jugo le saco a la vida

–En eso tenés razón, y siempre tendrás razón mientras sigas esa filosofía. –le dije.

Rodolfito me hablaba de su estilo de vida por teléfono, y terminé por acompañarle a su favorita casa de putas, El Harén, sin importarme esperarlo en el auto todo el tiempo que hiciera falta, con tal de que luego me invitara a unos tragos en La Perla. Y así lo hicimos.

Estaba deslizándome por debajo del volante de lo dormido que estaba. Llevaba metido ahí dentro alrededor de una hora, y el bastardo de Rodolfito no aparecía. De repente lo veo abriendo la puerta derecha, como recién nacido. No paró de hablarme de lo buena que estaba la rumana que se había chingado. Pero luego comencé a notarlo raro, medio malhumorado.

–¿Todo bien, Rodolfito? ¿Cómo andan las cosas por casa?

–¿Por casa, querés decir con mi mujer o qué?

–Sí, eso, cómo andan las cosas en tu vida, en general, ya me entendés.

–Pues en general es una bosta de vaca, esa es la verdad, Johnny.

–Se puede saber qué pasa. No es que me importe ni me guste fisgonear en los asuntos de los demás pero...

–Sí, ya sé lo que querés decir.

–Es que te noto raro, colega. –le digo.

–Bueno, para qué te voy engañar. Mi mujer, hace semanas que no vuelve, y me mandó ayer un mensaje diciéndome que quiere el divorcio. Creo que encontró algo en el baño que no debería haber encontrado.

–Me parece que sé a lo que te referís.

–Y bueno, no sé Johnny, estoy harto de todo, de esta vida que...

–Tranquilo, hombretón, no te hagás el cagón ahora, justo cuando estás en el mejor momento, sacá pecho –le digo.

–Sí es que, bueno, no pude evitar seguir mi ritmo de vida luego de casarme, ya sabés. No pude evitar dejar de vérmelas con putas, con punteros de cocaína y discotecas despampanantes.

–Eso nos pasa todos, a todos –le agregué.

–Sí, y a mí supongo que también ha llegado el momento de tocarme.

–Bueno, pues bienvenido al club de los estafadores desahuciados.

–¿Qué es eso Johnny?

Me había olvidado que mi lenguaje callejero era inentendible para mis amigos, solamente Rocco y Laura me entendían.

–Eh, Johnny, ¿qué tenés ahí atrás? –pregunta Rodolfito, mirando la parte trasera del auto–, parece la cucha de un perro. ¿Te compraste

uno, o qué?

–Nah, nada de eso, es que no pude seguir pagándole a la casera. No consigo laburo y estoy tirado en la calle. Ahora mismo esa es mi realidad.

–O sea que estás en la puta calle como un vagabundo. Vaya dos nos hemos juntado, vos sin techo y yo sin mujer, en fin, –terminó diciendo, medio riéndose de su propia miseria. –Pues a falta de pan, buenas son galletas–, y comenzó de inmediato a esparcir el polvo blanco que tanto le había atado a la perdición, y ahora, al divorcio.

–Tomá Johnny, para matar las fatigas y los malos amores. –me dice Rodolfito dándome el tubito de hierro en la mano.

–Y para matar a la providencia, también... –le digo.

–Eso, eso, para matar a la providencia, Johnny. ¡¡A la mierda con la providencia!! –grita Rodolfito por afuera de la ventana del auto.

–¡¡A la mierda con la puta providencia!! —digo yo, acompañándolo con un grito exultante. Y acto seguido agaché la cabeza y aspiré el polvo por el tabique nasal.

10

Vivir en la calle tiene un problema: que te acaba volviendo loco. Es por la muchedumbre, las calles son un lugar de tránsito y poca gente aguanta tanto tiempo metido en un tubo por donde solamente se mueven las cosas, y nunca nada se queda quieto. Ves cómo los negocios abren y cierran siempre a la misma hora. Conoces a los barrenderos, los repartidores de periódicos y los obreros que se levantan temprano para ir a la obra, aprendes a saber la hora gracias al sol. No necesitas un reloj, pues la sombra en su lugar apropiado ya te dice exactamente el horario real.

Ni bien sale un mínimo de luz, me despabilo y empiezo a asarme dentro del vehículo. El auto es literalmente una cámara de la muerte. No se ha inventado todavía el compartimiento capaz de evitar el calor, ni los rayos del sol, a no ser la completa oscuridad dentro de una cueva.

Sin obligaciones de ningún tipo ni ninguna ocupación, mi cabeza solamente se encuentra maquinando cómo robarle la moto al jovenzuelo engreído de la esquina, y cómo realizar otros actos de similar justicia. Pero desde que estoy aquí que no he olvidado lo más importante: hay que andarse con ojo. Como había dicho, las cámaras de seguridad se encontraban por todos lados. Sabido era que, en un negocio privado, siempre acabarías filmado y espiado. Pero cuando eso fue trasladado a la misma calle, a los espacios abiertos donde los niños juegan con la pelota, cuando todo eso pudo llegar a filmarse, entonces las cosas comenzaron a cambiar. La libertad estaba restringida, penada, castigada. Para cometer un acto mínimamente libre, había que pagarlo, y con intereses. Solamente los muy poderosos creían que se desenvolvían con libertad, ¿pero qué me dicen del ciudadano medio, incluso del humilde, el que no aspira a nada y solamente quiere sentarse todos los días bajo la sombra de un árbol? A

ese tipo de personas las estaban obligando a trabajar como esclavos, obligándoles a mantener un estilo de vida excesivamente alto, y al mismo tiempo, un nivel de vida inhumano para la continuidad de la especie, de la misma vida y del futuro. No se construye un futuro así, ni mucho menos. No sé cómo había llegado a esas conclusiones por mi propia cuenta, pero ahí estaban, me las enseñaba el mismo espacio inerte de la costa. Para ello había sido levantada, pero más tarde se descalabró todo, se les fue de las manos el negocio, la estabilidad, la misma gente se volvió loca de remate y se dedicaron a tomar el sol a lo largo del día, ocho horas consecutivas. El transporte público circula con lentitud, es decir, no cada diez, o quince, o veinte minutos tiene uno que esperar en las paradas de colectivos, sino siempre media hora como mínimo, si es que tiene suerte.

Eran muchos los cambios, dos años en el agujero, me decía, metido en esa granja en donde solamente tuve días de soledad y agotamiento, ahora me encontraba con que habían destruido lo poco que me quedaba, que era la vida creyendo que yo era libre. Ahora, al salir de la granja, no pisé suelo virgen y libre, sino que me introduje en otra cárcel, en la cárcel social de los contribuyentes y ciudadanos del estado, de los que para poder caminar por la calle tienen que pagar diariamente facturas, multas de tráfico y demás menesteres burocráticos, sin olvidar, por supuesto (con tanto problema uno se olvida de la comida), de comprar la leche, la comida, las verduras, el agua y todo eso, que luego de tantas obligaciones uno no sabe qué hacer primero, si comer o trabajar. Antes se comía para trabajar, pero ahora se trabajaba para comer. Lamentable.

El grueso de la población, entonces, llenaba su felicidad gracias al consumo, lisa y llanamente, y a todos los niveles y escalas. El centro comercial era la panacea del tinglado montado, pero la vida sencilla estaba cubierta también por necesidades, y siempre costosas de conseguir. Ver películas, los cines de ocho salas en su interior, salir de copas, comprar ropa o ponerle gasolina al auto. ¿Cómo es que la gente no ha salido enloquecida con machetes a matarse entre todos? No se puede poner la vida a un coste tan elevado. Una cosa es ganarte tu lugar en el mundo, y otro es luchar constantemente por no terminar

atropellado.

Aunque yo estaba de vuelta de todo, ya me había mantenido de pie luego de varias caídas. En realidad, estaba acostumbrado. Al menos no pagaba impuestos ni nada, solamente estaba expuesto a la propia calle, y allí, en la calle, terminé amistándome con un par de gitanos que vendían hachís. Los gitanos, en su mayoría, son una raza mestiza que se congregan en comunas, y normalmente no son comunas muy abiertas que digamos. Adoran a Cristo y a la Virgen María con devoción extrema y aman su tierra por encima de todas las cosas, pero no podemos negar que, al tratarse de una clase social marginada durante siglos, no haya tenido que, esa clase marginal, ocuparse de los asuntos marginales y trapos sucios de la sociedad, que también, sin querer aceptarlo, consume. El consumo era pues, de dos tipos, el consumo legal, y el consumo ilegal, como por ejemplo el consumo ilegal de estupefacientes.

La droga que vendían los gitanos era la que circulaba: coca, hachís, a veces marihuana. La gente de allí, luego de conocerte, no te decían nada raro ni te buscaban camorra. Pero luego, cuando me los encontraba en la noche (cosa que cambiaban por completo) apenas nos cruzábamos las miradas. En los boliches a veces nos saludábamos, y eso que iba borracho. Pero no llegué jamás a entablar una amistad realmente profunda con ninguno de ellos. Simplemente me veían estacionado en el descampado, en las zonas bajas, pues era el único lugar que sabía que la policía no iría a molestarme (los uniformados custodian las cajas y no hacen patrulla por los barrios marginales), y me preguntaban si tenía comida, o drogas. Uno vendía hachís, siempre en el mismo lugar colocado en su esquina. Era buena gente, sabía comportarse y se le daba bien el trato con extraños, sobre todo como yo. El tema es que ya somos mayorcitos. El chico tenía un hijo y una esposa pero todos eran realmente jóvenes, aunque la calle los había puesto en primera fila del campo de batalla y estaban más avispados que cualquier aplicado universitario de turno.

Las zonas bajas de la ciudad son el resguardo del adicto a la droga, del suicidado, de los locos. También hay inmigrantes de diferentes nacionalidades, pero sobre todo marroquíes, que son los que traen la

droga de su país. Pero con poca regularidad la venden en la calle, a no ser algún que otro arrastrado que no tiene más remedio. Los edificios de las zonas bajas son como enormes nichos de ventanas parecidas a las celdas de una prisión. Se comunican mediante pasillos, y bajan solamente con una escalera. No es que haya entrado, pero me imaginaba al ver aquello que un ascensor complicaría las cosas. Ahí adentro estaba toda la mercancía. La policía conocía a cuanto indeseable viviera ahí adentro, los filmaban a todos y tenían sus fichas en comisaría, pero los dejaban tranquilos, pues muchos negocios turbios con los magnates del comercio, del centro comercial y los peces gordos de la alcaldía estaban involucrados en asuntos de drogas, de prostitución, de armas, de mansiones construidas en espacios reservados a la naturaleza. Vaya, y eso que me creía un delincuente, por haber robado un par de motos, un automóvil y algún que otro botín. Los verdaderos capos de la apropiación indebida estaban, como siempre, en sus despachos vestidos con frac y corbata, y al que acusamos continuamente de asesino, ladrón y criminal, al que señalamos como pobre, desahuciado, drogadicto y persona “non grata”, es el más miserable e insignificante pardillo, que no tiene más que un mendrugo de pan cuando eso es para él toda una fortuna. Pero yo tampoco me fiaba de ellos. No eran unos héroes, ni mucho menos. Los consideraba delincuentes y personas rastreras y traicioneras, eso estaba claro.

Con los gitanos, al menos con aquel vendedor de hachís, no tuve ningún conflicto, pero luego aparecieron alrededor de cinco chabones desaliñados, que al parecer formaban un clan peleón o algo así. Se querían ganar la esquina del colega, que era donde más se vendía. Los otros, vendían un hachís de basura, una timada, y no tenían ni para ponerle gasolina a la cochina moto. El único hachís que se podía fumar era el que vendía mi colega, pero los otros estaban cansados de que nadie les comprara y estaban dispuestos a usar los palos para llevarse aquella fabulosa esquina.

Una vez me acerqué al chabón, y por detrás apareció un gitano melenudo con los ojos de fumeta rastrero, y me dijo que me largara, que si quería hachís de calidad que se lo comprara a él o me fuera al

carajo. Puede que no tuviera otra opción, pero sabía que si le hacía algo a ese chico se tirarían encima de mi toda la familia, el clan entero y hasta las mascotas de la casa. No había que meterse con los clanes gitanos, ni mucho menos. Me fui de las zonas bajas por miedo a que me clavaran una navaja por unos míseros centavos. La respuesta a todos mis males se encontraba solamente en un único lugar, en la discoteca nocturna La Perla, sin ningún tipo de dudas.

En el automóvil, conduciendo por la carretera y aireando mis ideas, viajo hasta la casa de Andrés y Laura para comenzar con los preparativos.

11

Cuando entro en la casa, veo que durante el día anterior estuvieron dándole a zambomba. Había multitud de libros esparcidos por la mesa (El clan del oso cavernario, El planeta de los simios y El código Da Vinci) y las sillas daban asco y se notaba que no se dedicaban a limpiar nada de todo aquello.

–Bueno chicos, ¿en qué nos habíamos quedado? –les digo cuando me siento en un sillón con posadero de brazos.

–¿Querés algo de beber? –me pregunta Laura a lo lejos.

–Bueno, traéme un cubata, si no es mucho pedir –le digo.

–¡¡Marchando un cubata para Johnny!! –dice Laura.

–Y con mucho hielo, así sabe mejor el alcohol –le termino diciendo.

Aquellas dos personas si que eran amigos y lo demás tonterías. Pocas veces había encontrado tanta hospitalidad, que me recibieran así y encima luego de pasar los últimos días a la intemperie.

–¿Cómo llevás lo de vivir en la calle? –me pregunta Andrés.

–Bah, el hombre es un animal de costumbres –le voy diciendo, mientras que con mis manos extraigo un cigarrillo del bolsillo derecho de la camisa.

–Y sí, con calma, hasta que te convertís en un experto, supongo.

–Sí, ya sabés que así funcionan las cosas – le digo, y poniéndome el cigarrillo en la comisura de los labios lo enciendo de una sola mecha.

Al rato aparece Laura con el cubata de ron y coca cola (con mucho hielo) y me lo deja encima de la mesita. Tira un libro al suelo (el clan del oso cavernario) y en su lugar pone el vaso a rebosar del cocktail sobre un posadero de cartón, típico para ponerlo debajo de los grandes jarros de cerveza.

–Bien chicos –empecé diciendo, doblando un papel sobre la mesa que se asemejaba a un plano o algo similar–, aparte de estar bajo el sol las 24 horas del día, no he perdido el tiempo. Acá tienen, el mapa de entrada y salida del boliche por la parte del techo. Hay una rejilla

que comunica con una especie de ventilación, que da por supuesto a un habitáculo que sirve de cocina, y que por supuesto está detrás de la pista de baile, el Dj, la barra y todo el antro.

–Muy interesante... –dice Andrés.

–Johnny, ¿no se te habrá caído ningún tornillo de la cabeza o algo así? – me pregunta Laura.

–Tornillos, si tuviera....–le respondí.

–¿Me ves a mi pinta de escalar paredes?, yo no....

–Vos no vas a hacer nada, Laura, solamente esperarás adentro del auto con el motor encendido, será tu única tarea. La de piloto, si querés llamarla así.

–Piloto de carreras –dice Andrés echándose a reír, al tiempo que pone las manos como si estuviera agarrando un volante.

–Sí, sí, todo eso suena muy gracioso, pero yo estoy hablando de meternos en plena noche.

–¿Cómo? –exclama Laura, como espantada.

–Sí, justo cuando están todos los locos ahí metidos. Es el mejor momento. Actuar con sigilo dentro del caos. Dadas mis anotaciones es la mejor táctica.

–Mmmm, a mi me suena a suicidio. –dice Laura.

–Chicos, es el único momento en el que el dinero esta descontrolado, de mano en mano, lo guardan en cajas adentro, seguro, y luego uno de los dueños sale con el paquete. El tema es que no sabemos quién es, y seguramente salga por otro lado, quizás por alguna puerta trasera. Lo único que sé, es que el dinero está en las horas pico, justo cuando la gente entra y sale, y que cuando cierran aquello deja de ser La Perla para convertirse en el canto rodado de un pastizal.

–Bien, voy entendiendo lo que querés decir –dice Laura.

–Sí, la cosa es simple, y eso que he tenido esta idea luego de estar con insomnio la noche entera.

–Soy todo oídos –dice Andrés.

–Bien, Laura conducirá el coche, pero no seremos más que tres los que seguiremos el golpe. Este plan no funciona con cinco personas, ni con cuatro adentro, solamente con tres. Así son las cuentas.

–A mandar, Johnny. –dice Andrés.

–Bien, una vez que estemos adentro, uno de nosotros se encargará de los patovikas, otro de estar vigilando adentro y avisando al tercero que se meterá por el techo, de que nadie está yendo a la cocina, entonces yo...

–Eh, eh, eh, –grita Laura– pero si esa es la película que vimos ayer, con Andrés, cómo se llamaba...

Andrés frunce el ceño intentando recordar el título, y cuando hace muecas con el rostro la cicatriz se le transforma en una víbora que le está criando huevos en la piel.

–No sé mi amor, hace tiempo que no me fijo en el título de las películas.

–Pues se llamaba, se llamaba... –intenta recordar Laura.

–Dejáme de joder, Laura, esto no es ninguna película, es...

–Sí, sí, es una de tus muchas ideas, Johnny, pero a mi no me convence. Eso de meterse por el techo es algo que no me cuadra.

–Bien, vamos a ver. El que se va a meter por el techo seré yo, lo único que necesito es que alguien me vaya avisando de que nadie me va a cortar la cabeza si me pescan metiendo la mano en las arcas del botín. Y aquí es donde entrás vos, Andrés.

–¿Yo? –dice Andrés señalándose a sí mismo con un dedo.

–Sí, vos Andrés, vos mismo. Te voy a poner un micrófono y éste aparatito– le dije, sacando del bolsillo un transmisor en miniatura que solía usar años atrás.

–¿Qué es eso, Johnny?

–Esto es un transmisor que te servirá para ir diciéndome si los patovikas entran o salen, si los empleados meten más dinero y en general para que me salves el trasero de cualquier entrometido.

–Ya entiendo.

–Es fácil, amigos, ustedes lo único que tienen que hacer es cuidarme las espaldas, pues seré yo quien se meterá en la boca del lobo.

–Johnny, –me dice Laura– a veces tengo la sensación de que estás hablando como si fuera lo último que vas a hacer en tu vida, es extraño.

–Sí, a mi también me lo parece –agrega Andrés.

–Bueno, puede que así sea, porque si esto nos sale mal seguramente no me vuelvan a ver la cara en mucho tiempo.

–Ay, Johnny –dice Laura conmovida– no hablés así, no tiene porque salirnos mal.

–Bueno, es una posibilidad.

–Sí, sí, pero, ¿no se supone que deberíamos ser más optimistas?

–Aquí lo único que hay que ser es realistas, chicos, re–a–lis–tas, –les digo deletreando cada sílaba y haciendo mimos con la mano– Tienen que saber que estamos tan expuestos a perder al igual que ellos, así de simple. En realidad, tenemos que hacernos pasar por ellos, pensar y actuar al igual que ellos. Vos, Andrés, tenés que comportarte como un patovika, y vos Laura como la encargada de transportar una fuerte suma de dinero. Pónganse el traje del personaje que van a interpretar. Esto del robo es igual que interpretar una obra de teatro, tenemos que mezclar la ficción, para aprovecharnos de la realidad y hacerla nuestra. ¿comprenden?

Andrés y Laura me miraban boquiabiertos, con los ojos enchufados en cada cosa que iba diciendo, todo oídos.

–Bueno, estoy abierto a todo tipo de preguntas, chicos –les digo mientras le doy un largo sorbo al cubata de wishky.

–Vaya, es que lo contaste todo tan bien, que parece que nada puede salirnos mal. ¿Cuánto tiempo se supone que tardaremos en dar el golpe?

–Bueno, si mis cálculos no me fallan, como mucho cuarenta minutos.

–¿Y cuánto dinero creés que sacarás de ahí dentro, Johnny? –pregunta Andrés.

–Bueno, realmente, la cantidad puede oscilar entre los veinte mil pesos, o quizás treinta mil pesos, pero con mucha suerte, claro. –les enfatizo.

–Bien, si oscila entre esa cantidad, me parece bien.

–Sí, la oscilación me ha parecido correcta –agrega Laura, y yo, con una pequeña carcajada en mi interior que no logro exteriorizar, termino de beberme el cubata de un solo trago. Y luego, lanzo un

sonoro eructo.

–Bien, espero que me dejen dormir aquí esta noche, chicos, es que estoy hasta los putos huevos de esa cucha de perro en donde estoy durmiendo.

–Te entiendo perfectamente, Johnny. Laura y yo también estuvimos muchos años viviendo en la calle y es una cagada, una mierda, de verdad –decía, fumando imparablemente de su porro.

Como era de esperar, mi idea (que fue planeada durante un largo sueño que tuve) se las colé a los dos por el coladero bien adentro, hasta que les entró hasta en las últimas zonas del cerebro. Pero Rodolfito iba a sernos de utilidad también, para el momento en que, cada uno de nosotros tuviéramos que seguir nuestro camino por separado.

–Bueno, ¿escucharon la nueva noticia? –les pregunto.

–¿Cuál, la de Rodolfito, que está a punto de divorciarse? Creo que es mentira.

–¿Seguro? –les pregunto.

–Yo lo conozco y siempre le pasa igual. Son celos, pero Rodolfito no puede dejar de vivir sin ella, y ella tampoco sin él. ¿A dónde iría a parar? Rodolfito tiene todo el dinero– dice Laura, fumando lentamente del pucho marcado por el pintalabios de su boca.

Yo me pongo de pie y me dirijo a la heladera de la cocinita, me sirvo de nuevo un cubata con hielo, sabiendo que al finalizarlo ya estaré ebrio y sonriéndole a la vida. Al instante regreso al cubículo en donde estaba posado.

–Bien –comienzo diciendo– ahora tenemos que poner en orden una cosa: qué haremos luego de salir corriendo de aquí. Mi idea es mediante el mar, usando una lancha. Al final del puerto, a dos kilómetros del boliche, e irnos a la costa del otro continente, donde tenemos un pueblo lleno de gente que me conoce, de verdad.

–Bien, a mi no me gusta el mar, Johnny, me mareo y vomito enseguida– dice Laura.

–Entonces tendrás que tomar algo para no vomitar, o buscarte la vida, Laurita. Esto es a vida o muerte, o pasar los próximos años de tu vida entre rejas.

–¿Y de dónde sacaremos una lancha, si se puede saber? –pregunta Laurita.

–La lancha es de Rodolfito, su regalo de bodas por parte de su padre. ¿Es que no se acuerdan? Incluso nos fuimos todos juntos a navegar una vez.

–Ah, ahora sí que me acuerdo –dice, Andrés, con los típicos fallos de memoria producto del incontrolable amorío con el hachís.

–En esa lancha nos iremos todos, si es que llegamos a vernos a la hora apropiada. En caso contrario, ustedes pueden irse al carajo por otro lado.

–Escucháme una cosa, Johnny, vos estás hablando de irnos a otro continente y todo eso, pero no me preguntaste si a mi me parece eso una buena idea. Lo que haremos será esto, Johnny, –empieza Andrés– Laura y yo nos vamos hasta arriba del país. De nosotros no van a sospechar. Será a vos a quien irán a buscar en primer lugar, en caso de que se enteren de algo, así que esa lancha es toda tuya, amigo. Yo me abro con esa idea, y decile a Rodolfito que no me pague ningún pasaje de avión a ningún lado.

–Como vos digas, Andrés, si eso deseas, que así sea. No discutiré nada luego de que me ayudés a desvalijarles el local a esos mal nacidos.

–Bien, el caso es que, bueno... ¿Cuándo haremos todo esto que hemos estado planeado, Johnny? –pregunta Laura.

–Dentro de una semana, chicos, exactamente dentro de cinco días, que es cuando se termina la última quincena de vacaciones de verano y el local no tendrá más remedio que cerrar hasta la próxima temporada.

–Es decir, que dentro de una semana es cuando más dinero recaudarán de todo los tres meses, no es así –me pregunta Laura.

–Eso espero, eso espero, amigos –les digo, al tiempo que termino de beberme el segundo cubata.

Cuando estoy medio tarumba del trago que acabo de injerir, echo una mirada al suelo donde hay tirados varios libros y en la tapa de uno de ellos leo: “El planeta de los simios”, que tenía por ilustración un fotograma de la famosa película de los años setenta. No sé por qué,

pero esa imagen me dio una idea, y por muy loca que pudiera parecerme, encajaba con la situación.

12

Y en un abrir y cerrar de ojos, lo que antes parecía bello, radiante y nuevo, ahora huele a oxidado y desperdicios de cloaca abierta. El verano estaba llegando a su fin, los veraneantes lo notaban en el cielo, las nubes se cernían y cerraban con mayor prontitud. Al menos para mí, que había tenido que soportar despertares cocinándome al sol como una tostada con mantequilla, durante semanas y meses, la llegada del otoño significaba un alivio, una tregua a la guerra con el calor. El vestuario siempre era el mismo: unas bermudas que me llegaban hasta las pantorillas, unos calcetines blancos y los peores calzados que se puedan encontrar en el centro comercial, al precio más económico. Pero algunas cosas nunca cambiarían: la continua vigilancia, el constante patrulleo, en fin, tantas molestias que había de por medio que al final uno pensaba: ¿no sería mejor probar suerte en otras ciudades, en otros continentes? Me daban ganas de ello, los trabajos desempeñados no habían dado ningún fruto, no encontraba hogar y tampoco empleo remunerativo, así que, ¿qué otra opción me quedaba?

Rodolfito fue condescendiente, estaba tan preocupado con el asunto del divorcio que no le importó darme las llaves de su lancha, que la tenía atracada en uno de los puertos de barquitos contiguos al enorme puerto de barcos central de la ciudad, uno muchísimo peor cuidado, y la verdad es que apenas me importaba. El caso es que, ¿funcionaría el golpe tal y como lo habíamos planeado?

Dos días después de la reunión fuimos a comprar las herramientas apropiadas: pintura en aerosol (para camuflar la carrocería del coche y pasar de incógnito en la fuga), placas para falsificar matrículas, pelucas, bigotes, y demás complementos que pudimos encontrar en una tienda de disfraces en el centro del pueblo. Para ese entonces ya estaba instalado en la casa de mis colegas, a ellos no les incordiaba mi presencia, sabían que solo faltaban un par de días para que estuviera rumbo a otro mundo. El pajarito mascota ya no caminaba por la casa de Laura, según ella lo dejó en el campo para que se buscara la vida.

Seguramente acabó sus días siendo devorado por alguna comadreja u otro reptil.

Melancólica es la llegada del otoño y la marcha del verano, cuando las playas otrora llenas y pobladas hasta la última porción de tierra, ahora están abandonadas y vacías, con la arena húmeda y una helada brisa otoñal llegando desde lo más profundo del brusco mar. Una noche, para aprender mejor de los vientos y demás técnicas de navío, me fui al puerto y estudié la clase de olas que había en la playa, el viento que corría, a qué horas era más fuerte y si iba en dirección contraria o a favor mía en el caso de la fuga.

Andrés y Laura ya han conseguido encontrar sus propios personajes: ella se pondrá una peluca rubia y tapará su enrulada cabellera negra, y Andrés, usando un bigote y un estúpido parche de pirata, intentará pasar desapercibido. Pero a mi no me parece tan buena idea.

–Andrés, ¿qué pretendés, ir con un cartel en el pecho que diga?: "hola, amigos, soy un chorro que acabo de saquear una discoteca, deténganme" ¿No ves que si te ponés ese parche en el ojo te caerá encima el ejército nacional ni bien nos estén buscando? Tenés que ser más racional, colega.

–¿Entonces cómo mierda hago para que no me reconozcan, si acá en el pueblo me conoce todo dios, carajo?

–Bueno, hacéte pasar por un anciano, ¿qué te parece eso?

–¿Por un anciano? –pregunta, llevándose la mano al mentón–, no es mala idea, Johnny, pero ahora tendré que cambiar este parche y la peluca por un bastón y unas gafas de miope, ¿no creés?

–Bien, eso me parece mejor. Háganse pasar por la nieta y el abuelo –les digo.

Laura se enciende un enorme porro de dos papeles de una marihuana recién plantada, y al exhortar una enorme bocanda de humo, dice:

–Y vos, Johnny, dónde está tu disfraz, que no lo veo.

–Es verdad, ya me estaba olvidando. En primer lugar, si es que no lo saben, voy a usar un pasamontañas, y luego me convertiré en el Doctor Zaius del planeta de los simios. Me compré una peluca

pelirroja, unas cejas y también un bigote del mismo tinte.

–Claro, ¿y tus ojos negros, no desentonarán con el rojo de tu cabello?

–Bah, no creo que nadie se fije en ese puto detalle.

–Ah, pero mirá que yo sí me fijé –dice.

–Vos porque me conocés, pero ningún desconocido advertirá nada extraño en mi, te lo prometo.

–Bien, bien, yo solo intentaba darte unos consejos, Johnny.

–No necesito tus putos consejos Laura, –le acabé remarcando– ahora decíme si tenés whisky o algo para llevarme a la boca, dale, que estoy que me desmayo de la sed.

Volvíamos a repetir el ritual que practicábamos todas las noches: bebiendo, fumando, llegando a estados alterados por sustancias químicas, siempre desfalleciendo en el suelo y tirándonos a dormir en el primer lugar que encontráramos, en una esquina, o incluso en la tapa del baño siempre que terminaba vomitando la cena del día anterior. En el fondo se trataba de una despedida de soltero.

En pocos días nos vería despertar un nuevo amanecer, si es que todo salía bien. Pero esa misma noche, en la que disertábamos sobre los ridículos disfraces que usaríamos en la fuga, decidimos ir de manera formal, como si fuéramos unos paisanos más de pueblo, a ver por última vez el antro La Perla, para verificar que todo siguiera en su respectivo lugar, estar más cerca con los protagonistas de la escena y no perderlos de vista.

Llegamos cuando faltaban todavía unas cuantas horas para que cerrara. En realidad, el antro apenas estaba lleno. Entramos por la enorme puerta pesada de hierro, empujando la palanca. Laura me seguía, y Andrés, con una gorra de béisbol, intentaba que nadie se diera cuenta de la enorme cicatriz que le cruzaba la cara.

En el interior nos sentamos en unos sillones ubicados en una esquina, alejados de la barra. Hay un maromo, un patovika que entra y sale constantemente. El disc-jockey pone música cañera pero no tan acelerada, no hasta que el local esté a reventar. Laura y yo decidimos pedirnos unas copitas, para matar el aburrimiento.

–Bien, está bastante oscuro, como ven –les digo, mostrándoles el

interior del antro, que ellos también conocían.

–Lo cierto es que los tragos están bastantes caros aquí.

–Sí, son unos hijos de puta, están desvalijándonos y nadie está haciendo nada al respecto –digo remarcadamente.

–Nadie, nadie... bueno, nadie no, hasta que llegaste vos Johnny, y nos hiciste ver las cosas como realmente son –dice Laura.

–Bueno, yo solamente estoy diciendo que somos los únicos que no tenemos una casa de lujo en la montaña, nada más, y ya tengo ganas de tener una, y un buen coche, claro, siempre limpio y lustrado, y con este botín acabaremos teniéndolo.

–Mirálo a Johnny, que se hacía pasar por humilde y justiciero, es otro amasa billetes –dice riéndose Andrés.

–No creo eso, creo que hay que saber diferenciar las cosas, para qué está cada cosa, para qué sirven y se inventaron las cosas, y si uno sabe diferenciar todas esas cosas, las buenas de las malas, entonces no le encuentro problemas al lujo excesivo. Vivir como un monarca no debe estar tan mal, pero me refiero a un monarca anarquista, por supuesto, uno que hace lo que quiere, no paga impuestos y viaja siempre con el tanque lleno de gasolina a cualquier destino del mundo. Sé que es una vida utópica y demás desfachateces, pero todavía tengo edad suficiente para seguir intentándolo –terminé diciéndoles.

El techno industrial está en aumento, y por muy interesante que pueda parecerles toda mi perorata, los dos son incapaces de resistir la tentación de ponerse a bailar en medio de la pista. Yo, sentado en el sillón con los brazos extendidos por detrás, acomodándome como si el viaje a realizar fuera largo y pesado, siento que al día siguiente me parecerá todo un sueño.

13

Si sos alguien como yo, que va directo al grano, que no se detiene ante los mínimos obstáculos que le siembra el destino, (que es su propio sino) entonces comprenderás porque las cosas ocurren sin que uno pueda evitar que sucedan.

El día tan esperado había llegado. Fue un día común y corriente. Me acuerdo que Andrés desayunó una enorme porción de pizza que había quedado del día anterior, y Laura, haciendo las valijas en el dormitorio, ponía todo en orden antes de partir hacia la gran cita.

Rodolfito me llamó al celular, y es que también estaba al tanto de lo que íbamos a hacer.

–Johnny –me dijo del otro lado– ya sabés que sigo pensando que todo esto es una locura y...

–Basta ya Rodolfito, ya hiciste suficiente. Como se enteren que la lancha es tuya, a ver qué hacemos con vos. Ya pusiste tu pellejo en esto.

–No necesito nada Johnny, nada, de verdad, no es necesario que me devuelvas el favor. Te regalo la condenada lancha, y si luego la querés quemar, hacélo, que no me importará en lo más mínimo –me dijo altanero.

La cosa había quedado así, los dos colgamos el auricular y apenas nos dijimos adiós. Los amigos, los buenos colegas saben que, por más que pasen veinte años, uno acabará sabiendo del otro, y si nunca más volvía a saber de la vieja pandilla, de los gemelos, de Hermenegildo y Griselda, entonces mejor así.

Antes de cerrar la puerta y emprender la marcha, Laura me mirá directamente a los ojos, diciéndome:

–Johnny, prometéme una cosa.

–¿Qué Laurita? –le pregunto.

–Prometéme que no vas a matar a nadie, que no vas a usar esa pistola que te di antes, prometémelo; usála nada más para asustarlos

en caso de que se compliquen las cosas, pero no apretés el gatillo. Además, solamente tiene tres balas, Johnny, solamente tres.

–¿Y yo a quién voy a matar Laura?, no he matado a una mosca en mi puta vida y esta noche no será diferente. Te prometo que no pasará nada. – le dije con énfasis.

Y al subirnos al automóvil, Laura al volante, Andrés en el asiento del copiloto y yo detrás, el motor se enciende y nos vamos directos a La Perla. En el viaje no pestañamos, apenas hablamos. Nos tenemos aprendido de memoria el plan y creemos que, si seguimos todos los pasos sin saltarnos una sola coma, nada puede salirnos mal.

Viajamos los kilómetros que separan nuestro domicilio del puerto de barcos. Llegamos a la entrada de los boliches y es el momento de apearme. A lo lejos olemos el humo del descontrol nocturno, el ruido a coches, gente caminando y el alboroto típico de una zona de marcha. Cuando llega el momento de separarnos, en ese instante (el bolso en mi espalda colgando) y las últimas miradas que nos echamos todos a la cara, nos entra un cangüelo de la gran siete, un miedo atroz y de repente nos planteamos si seguir o no adelante, puesto que será la última oportunidad que tengamos para echarnos atrás, a no ser que luego cada uno acabe traicionándonos.

–Andrés, ya sabés lo que hay que hacer –le digo con un pie afuera en el suelo– Cuando sientas que comienza a temblar el transmisor, seré yo que te estoy llamando, y entonces conectarás vos el tuyo, y me irás diciendo todo cuanto puedas y avisarme si alguien entra o no a la cocina.

–Eso está hecho, Johnny, confiá en mí.

Esa última frase no me la terminé creyendo, y me bajé del vehículo, corriendo en dirección a los atracadores de barcos.

La odisea para llegar a la cornisa fue simple. Un tubo de desagüe del edifico de al lado me permitió escalar el muro. Ya una vez en el techo, caminé sigilosamente con todo el traje oscuro que tenía puesto, que si bien me había olvidado decirlo era el atuendo elegido: un traje completamente negro y el gorro pasamontañas en la cabeza incluido. Bien agachado y en cuclillas me fui en dirección al centro del bloque. Allí estaba, la entrada al sumidero que conectaba con la cocina. Para

abrir la rejilla, utilicé una fuerte pinza que servía para romper cadenas, cosa que no me resultó nada difícil.

El angosto compartimiento era un tubo de metal, demasiado angosto, y era el único método de llegar hasta la cocina. Junto con ratas y pequeños bichitos de alcantarilla llego hasta la salida de aire, en donde, como era de esperar, me encontraré otra rejilla, pero en mi sorpresa me doy cuenta de que no hay nada, solamente veo la habitación y me deslizo para abajo sin pensármelo dos veces.

Es increíble que me encuentre adentro del local. El techno industrial se encuentra sonando a todo lo que dan los altavoces. El establecimiento estaba medio vacío, sin apenas muebles, a no ser dos armarios (donde guardaban la ropa los empleados), una mesa, con cajonera, un escritorio y una especie de camastro en una esquina, y por supuesto, la mesada de una cocina, con el horno y la pileta en el otro lado de la pared. Al parecer habían acondicionado el lugar para convertirlo en una especie de despacho.

Es el momento idóneo para hacer contacto con Andrés, que tiene que estar adentro de La Perla vigilando que nadie entre al habitáculo. Saco el aparatito y lo enciendo con el pestillo de la derecha. Pero la condenada luz roja no se prende, y parece que se ha estropeado el transmisor, me digo en mi desdicha, pero no puede ser posible porque lo había probado la última vez que... claro, me había olvidado que la última vez que había visto el aparato fue cuando se lo di a Andrés para que le cambiara las pilas, y cuando voy a verificar que están las pilas en el aparato descubro en mi agonía que no hay ni una sola de ellas. ¡No puede ser!, me digo, llevándome las manos a la cabeza. ¿Sería posible que Andrés? No habría que haberle dado aquella tarea, precisamente porque Andrés era un fumeta, y seguramente se olvidaría de ponerle las pilas al transmisor.

Mis pies empiezan a temblar al escuchar unos pasos que se aproximan a la puerta, y sin escapatoria entrego mi suerte al destino. Me tiro al suelo y me deslizo por debajo de la cama, para ponerme a resguardo, cuando en ese instante la puerta de la cocina–despacho se abre y entran cuatro pies muy juntos los unos de los otros. Son dos personas, y una de ellas es una mujer por las medias negras y los

tacones rojos que la caracterizan. Lo que no llego a percibir desde mi pequeña madriguera es quien es el otro individuo, pero pronto podré llegar a comprobarlo.

No pensaba encontrarme en aquella situación, la verdad es que era de las últimas situaciones que hubiera podido imaginar, yo escondido debajo de un camastro mientras, rondando por la habitación, intento esconderme de los dueños del local, pero en mi sorpresa no se tratan de los dueños, pues cuando comienza a hablar el hombre misterioso, un recuerdo familiar me aterriza en mi memoria. ¡Se trata del policía corrupto que venía siguiéndome los talones durante los últimos meses, ni más ni menos, y que me había registrado siempre que podía! Ahí estaba él, acompañado de una prostituta, manoseándole el culo y diciéndole cochinadas de todo estilo.

–Oh, que bonita sos, ¿cuántos añitos tenés? –le escuchaba decirle.

–Mmm, veinte, veintidós.

–Claro, claro, –agregaba el policía.

–Papito, ¿me vas a dar de comer? –le preguntó la niña.

–Claro, claro, tomá...

Y si no me fallaba la percepción, aquello que vi no me pareció nada extraño. El corrupto policía le estaba dando merca a la chiquilla aquella, una pendeja pagada por él o algo así. Las cosas comenzaban a encajar, a ponerse en su lugar. Ahora entendía porque La Perla era el boliche menos vigilado por los inspectores, y porque nunca había patrulleros rondando cerca. Estaban comprados. Los peces gordos de La Perla tenían suficiente capital para comprarles el favor a varios policías y comisarios, para que les dejaran vender droga adentro y traficar con cocaína con algunos tipos del extranjero, al tiempo que el canalla del uniformado se dedicaba a guardarles la caja, y eso mismo fue lo que comprobé, mientras seguía besando el suelo con todo mi cuerpo intentando no generar ningún mugido.

De repente se abre la puerta y aparecen otros dos pies, junto a los que veo que cae una bolsa negra al piso. Unas manos la abren y veo que saca un pequeño fajo de billetes.

–Bien, ¿entonces esto es todo lo que queda? –dijo uno de ellos.

–Eso creo, y algo más que se llevará Lucas para sus ahorros

personales.

–¿Seguro que no quiere que me lo lleve todo? Miren que hay muchos locos por ahí que saben que acá se factura. Estuve viendo sospechosos rondando por aquí durante los últimos meses, y te aviso en caso de que suceda algo.

–¿A qué te referís? –le pregunta la otra voz.

–Nada, nada, gente que no conozco dando vueltas por el pueblo me ha hecho pensar, y como te iba diciendo...

–¿Pensar en qué, mierda? –le dice el otro hombre.

–Nada, nada, que a lo mejor quieran asaltar este lugar, quizás...

–¿De qué estás hablando?

–No dije que nadie fuera a hacerlo, –continuaba diciéndole el policía– pero corremos ese riesgo, nada más. Ahora dame el dinero y las llaves de la camioneta.

–Tomá, campeón –le dice el hombre.

Y ahí me veía, mordiendo el polvo de la cocina sin todavía un centavo, y con los nervios a flor de piel en caso de que me pescaran.

En esas que el hombre, que era uno de los patovikas (lo reconocí de inmediato), se altera sin previo aviso.

–Mierda, me llaman desde afuera, dicen que hay problemas con un tipo que se está volviendo loco y está pegándole a todo el mundo.

–¿Qué mierda está pasando? –pregunta el uniformado corrupto.

–Tengo que irme, lleváte el dinero a la casa de Lucas.

El patovika abrió la puerta de un soplido y salió despavorido. Aquello que estaba ocurriendo me hacía pensar indudablemente en Andrés, que con toda seguridad habría tomado cartas en el asunto con el "despiste" del transmisor, y cuando se dio cuenta que no funcionaba comenzó a utilizar otras técnicas de persuasión, y estaría ahí mismo generando una revuelta para distraer a los patovikas.

Cualquier escapista que se precie tiene que saber una cosa: las buenas oportunidades no se repiten, no vuelven a ocurrir, y hay que aprovechar el momento oportuno que nos brinda la providencia por más que eso suponga un alto riesgo a nuestra vida, pues posiblemente no tengamos una nueva oportunidad. Cuando la putita y el policía se pusieron de pie y salieron por la puerta trasera, aproveché que

estaban de espaldas y salí con rapidez de debajo de la cama. Y aquí tuve que acudir a la llamada de la selva. El tipo escuchó algún ruido raro, pues antes de que le metiera la bolsa de plástico en la cabeza el bastardo ya estaba dándose la vuelta, alterado.

–¡¡Qué carajo es...!!. –exhortó como en un último suspiro.

La prostituta no daba crédito a lo que estaban viendo sus ojos. Y yo, por ser un tipo que venía planeando un castigo a esta clase de gentuza, a estos renacuajos de la sociedad de consumo, a estos mal paridos sin alma, sentía que estaba por primera vez cometiendo un acto de verdadera justicia. El hombre no podía respirar, mis brazos lo envolvieron y no lo solté ni dejé de apretarle con todas mis fuerzas su cuello hasta que se ahogó y se desmayó pasados unos segundos. Luego, usando un somnífero, terminé el trabajo y lo dejé frito como un trozo de lechuga en medio del desierto. Ahogar a un hombre puede ser algo horrible, pero los hombres no suelen ser como estos bichos miserables que llevan una placa de juguete y se dedican a amedrentar a los ciudadanos, y siempre cuando se encuentran indefensos.

–¡¡Por favor, no lo matés!! –gritaba la bien pagada.

–¡¡Calláte, pendeja!! –le digo–, salí corriendo de acá si querés continuar con vida y no hagás preguntas a nadie. Hacé de cuenta que nunca estuviste acá. Volá de acá, tarada, volá de acá. –le gritaba con los dientes apretados.

La pequeña chica se sacó los tacones rojos con una velocidad sobrehumana antes de salir por la puerta corriendo. La cara del uniformado corrupto parecía un tomate a punto de estallar dentro de un microondas. El tipo está agotado y ya no mueve las piernas, sus manos han dejado de apretarme el brazo y la cintura. El hombre parecía haber dicho adiós a su vida, aunque le esperaba un despertar en el hospital con un par de acusaciones sobre su espalda.

Arrastré su cuerpo hasta el camastro, previamente habiéndole quitado sus prendas para adueñármelas. Lo metí por debajo de la cama envuelto en una frazada, y me acomodé el traje lo mejor que pude. Luego, me puse la peluca roja, los bigotes y unas gafas. El bolso estaba ahí mismo, y ahí adentro estaría el dinero con el que podría asegurarme una retirada en alguna isla caribeña. ¡¡Ojalá que el destino

me sea grato y me deje dar los últimos pasos del plan!! Pero en esta jungla de asfalto y consumo que nos atosiga y envuelve en miserias y desencuentros, en manías persecutorias, en miles de enfermedades psicológicas de las que somos víctimas ni bien nos dan a luz, no pude evitar quitar del camino a un tipejo que solamente se dedicaba a estorbar. Lo único que hice fue salvar mi pellejo, y seguro que el ratero lo comprendería todo ante la mirada del juez.

Agarré las llaves y las hice mías. Tenía un llavero que indicaba la escudería del automóvil. Con los zapatos ya bien abrochados, me miré al espejo e intenté acomodarme la peluca y los bigotes. Bien, creo que ya nadie me hará más preguntas. De inmediato abrí la puerta y salí al exterior.

14

Los crímenes de la sociedad son aún más crueles y horribles que la de los propios individuos. Llegando a esta meditación, me pregunto cuánto hay de cierto en ella y si no se tambalea en algún cimiento. La creencia de que una sociedad es el conjunto de sus ciudadanos, a veces no la veo tan bien reflejada en la práctica como en la teoría. El aglutinamiento no puede evitar deformar toda idea original, el conjunto enorme de personas solamente puede crear a un monstruo, y somos los creadores y mismas víctimas de ese algo que es incontrolable.

Siempre hice lo que pude para desenvolverme legítimamente por la vida, hasta que fui comprobando que no lo era tanto para los que ordenaban las leyes, los llamados peces gordos. Durante años se nos imparte una educación y una ética, para que luego el tiempo solamente destruya todo ese comportamiento adquirido.

Cuando vi un automóvil con la misma escudería que la del llavero, metí las llaves en la ranura y milagrosamente la puerta se abrió. ¿Qué es lo que estaría sucediendo con Andrés y Laura, dónde se habrían metido? Al final, yo solo he podido con todo, me digo, claro que matando a un hombre todo resulta más sencillo. El problema vendría después, en caso de que alguien averiguara quién terminó con su vida. Confiaba en que el disfraz del Doctor Zaius funcionara sin problemas.

Arranqué el motor y me dirigí hacia el otro extremo del puerto de barcos, por el único lugar que se podía salir. Pero esta vez, la maldita suerte no estuvo conmigo. Muchos patrulleros de policía ubicados en la entrada del puerto obstaculizaban toda huida, todo escape. Al parecer Andrés se había saltado algún que otro punto del plan, seguramente se los habría saltado todos, uno por uno, y lo que allí acabó ocurriendo fuera noticia de las portadas de los periódicos del día siguiente. Pero déjenme que continué con mi periplo. En ese automóvil, con tanto dinero en mi poder, tenía que arriesgarme a

pasar el cerco policial sin ser reconocido, o que me registraran el auto. Conociendo a estos mal nacidos comprados por los mafiosos de turno, no dudé en que la mejor opción sería irme por otro lado, pero sin utilizar el vehículo, cosa que me no me gustaba nada.

El mismo mar estaba ahí al lado de mí, esperando a que tomara la decisión de zambullirme y escapar a nado de la zona vigilada. Miré al mar durante unos segundos, luego eché un último vistazo hacia atrás y a continuación caí al agua, sin remisión.

Nadé todo lo que pude, y si no me equivoco logré hacerlo durante un par de kilómetros, manteniéndome a flote con la bolsa negra cargada de billetes e intentando que no le entrara apenas el agua.

Cuando llegué, salí exhausto del mar. La ropa estaba toda mojada y me pesaba. Me la saqué para escurrirle el agua y secármela mejor, aunque continuara empapada.

Es de noche, pero apenas faltan treinta minutos para que amanezca. Caminando por la orilla intento estar al cuidado de que nadie me vea merodeando como un extraño con la ropa goteando. Aunque bien podrían confundirme con un pobre vagabundo o un honrado marinero que va a realizar su jornada.

La lancha de Rodolfito debería encontrarse a pocos metros, cerca del siguiente encallamiento de barcos. Es una especie de puerto, pero no tanto como eso, son más bien unos cinco palos para amarrar botes y pequeñas embarcaciones. Se llegaba mediante un muelle. A lo lejos podían diferenciarse las luces de los palos de las embarcaciones de las que eran de las casas.

Se podría decir que todo estaba saliendo a pedir de boca. Aunque pensándolo mejor, Andrés y Laura no fueron sino un obstáculo de todos los miles de obstáculos que fueron apareciendo desde que vine a vivir aquí, a la costa de los veraneantes. Si no hubiera tenido allí ese camastro, la historia hubiera sido diferente. Creo que, al fin y al cabo, en el futuro actuaré en solitario y no necesitaré la ayuda de terceros. Si es que volvía a realizar otro golpe.

Allí estaba el muelle, y lo que podía ver al final era la pequeña lancha de Rodolfito cubierta por un enorme toldo azul, que la mantenía protegida de la lluvia y la suciedad. Tenía en mi poder el

llavero de la lancha, en el bolsillo del pantalón pegado al muslo. Bolsillos para cargar utensilios siempre eficientes para el hurto y otras milongas de ese estilo.

Antes de adentrarme hasta la embarcación, me cercioré de que no hubiera nadie rondando por la zona, ya estaba siendo de día y si no me apuraba acabarían dándose cuenta de todo.

La sorpresa me la llevé cuando me acerqué a pocos metros de la lanchita, y una luz de linterna me enfocó en todo el centro del rostro. Creí que me moría, que estaba atrapado por la benemérita y que me gritarían cosas como "quédese quieto, sanguijuela, las manos en la cabeza y tírese al suelo"... o cosas así. Pero para nada, pues más allá de no ser una mera alucinación veo que la persona que lleva la linterna no es otra que Laura, la misma, pero por supuesto, no estaba con Andrés. La noté extraña, convulsionada y temblando como si tuviera epilepsia.

–Laura, qué onda con Andrés, que mierda pasó –le pregunto, acercándome a ella.

–Andrés, bueno, Andrés, supongo que ya lo sabés, ¿no?

–No, no sé nada, ¿de qué estás hablando?

–Dios mío –dice sin contener la respiración y llevándose las manos a la boca–, no puede ser que...

–Qué no puede ser qué, carajo –le digo– soltá por esa boca lo que quieras decirme pero no te hagás la llorica. Dale, desembuchá.

–Andrés, no ha podido remediarlo, creo que estaba en su interior hacerlo.

–Escucháme, Laura, ¿qué eran todos esos patrulleros tapando la entrada del puerto? ¿Tiene eso algo que ver con todo lo que me estás contando?

–Sí, todo tiene que ver con todo, ¿entendés?

–Bien, entonces, Andrés se volvió loco, me imagino, eso es lo que querés decir, ¿no? –le pregunto.

Laura, llevándose nuevamente las manos a la cabeza, me dice:

–¡¡Se volvió loco, Johnny, se volvió loco como nunca antes lo había visto. La sierra, no sé si te acordás de la sierra...

–¿Qué sierra?

–La sierra, oh, fue toda una masacre, Johnny, no puedo creer que no lo hayas notado. ¿Cómo es que no te diste cuenta, dónde estabas?

–¿Qué dónde estaba?, salvándome el pellejo yo mismo y librándome de un traficante de drogas vestido de uniformado. Y por cierto, el transmisor no tenía ni una sola pila.

–¿Qué transmisor? Andrés no llevaba ningún chisme de esos...

–¿Entonces qué demonios pasó acá?

–Eso mismo, el demonio ha tenido algo que ver en todo esto, Johnny, algo tuvo que poseerlo, no sé cómo, pero...

–¿Qué fue lo que pasó con esa sierra?

–Era la sierra de talar troncos que yo había comprado en caso de que tuviéramos que, no sé, ya sabés...

–Entonces, vos le dijiste que matara a toda esa gente, ¿no es así Laura? –le pregunté mirándola al centro de los ojos, sin pestañear– Lo tenías controlado desde un comienzo, habías manejado los circuitos internos de ese asesino desde el principio, para echarlo al ruedo en el momento adecuado. ¿Es una especie de venganza, verdad? Siempre manipulaste a los enfermos mentales para que hicieran todo cuanto a vos te daba la gana, Laura, aceptálo. Andrés era un pobre idiota que podría haber sido albañil si nunca te hubiera conocido. Lo estuviste arreglando todo desde un comienzo. Vos sos la que trajiste las armas, la que preparaste el listado con las herramientas, la que me trajo a este lugar y también la que, bueno, la que me robó el corazón, ¿no es así? Supongo que todo esto tiene un sentido, ya lo creo.

–¿Qué sentido puede tener? No sé de que estás hablando, Johnny. Andrés entró con la sierra directamente a hacer lo que él siempre quiso: acabar con todo. Ya sabés que estaba alineado.

–Pero eso es porque vos lo volviste loco, Laurita, no lo niegues.

–Mirá, siempre me gustaron los chiflados, pero Andrés creía que podía controlarlo. Pero vos, vos también sos un asesino, Johnny, así que aplicate el cuento –me dijo.

–No soy un psicópata armado con una sierra. Lo mío es diferente, y además elijo a mis víctimas apropiadamente con el único propósito de hacer justicia.

–Claro, ¿y quién sos vos para decir que lo que hizo Andrés no es

justo, entrar así a rebanarle la cabeza a todos esos pibes y chicas y gente inocente, eh? ¿Cuántos cadáveres crees que llevarán mañana a la morgue a que los identifiquen, y por qué no podría ser eso también un acto de justicia?

–Sabés que, en pocos minutos esto estará plagado de sabuesos olisqueando cada esquina de la playa. Yo me voy al carajo, si querés venirte, dame todas las armas que tengas.

–No iré con vos, Johnny, ni pensarlo, me iré yo sola por ahí, supongo que sabías que esto iba a suceder.

–Bien, no tengo tiempo que perder –acabé diciendo.

De un brinco salté al barco, corté las sogas de la lona y la levanté rápidamente, enrollándola hasta la otra punta. Era una lancha moderna y tenia gasolina en el depósito, así que aguantaría lo suficiente hasta la otra orilla del continente. Espero que funcione, me decía.

Arranqué el motor tirando de la soga, el ruido hizo revolotear algunas gaviotas que estaban cerca del muelle. Laura estaba quieta, de pie y sin mover un músculo, viendo como yo iba alejándome hacia el horizonte hasta que su mirada ya no pudo encontrarme entre tan vasto mar.

No sé si llegaré a extrañarla, lo que sé es que en mi poder tengo un bolso negro cargado de dinero, un dinero proveniente del contrabando y la venta de cocaína en la discoteca central del pueblo. El viaje en lancha durará aproximadamente dos horas, pero por suerte no hay demasiado oleaje. La costa de los veraneantes está quedando atrás, y sus opulentos hoteles, sus playas y demás atracciones se cubrirán por una nube negra que desatará un diluvio. El verano había terminado. Al menos seguía siendo un hombre libre, ¿pero qué es lo que vendrá después?

FIN

EPÍLOGO

EL DIARIO DE LA COSTA
19 de Abril, año 2009

"...La discoteca La Perla, un local destinado a la industria del ocio nocturno, situado en el puerto de barcos de nuestra ciudad, ha vivido esta madrugada uno de los espectáculos dantescos más atroces que se recuerdan en la historia de nuestro pueblo, y que con toda seguridad se convierta en una huella difícil de borrar.

Un desconocido hizo intromisión a las cinco y media de la mañana en el boliche La Perla, vestido con un disfraz que lo asemejaban a un anciano, a la hora en el que mayor número de asistentes se encontraban adentro del establecimiento. Armado con una sierra eléctrica no tuvo reparos en herir y hasta cercenar miembros del cuerpo a cuanto pobre infeliz se le cruzara por el camino.

Antes de que llegara la guardia urbana, el homicida ya había hecho presa a más de treinta personas. El resto, a base de empujones y otras vejaciones, logró escapar milagrosamente de las garras de este kamikaze social que tanto vemos proliferar en este comienzo del siglo 21. No es la primera vez que ocurre: hombres que deciden terminar con todo llevándose consigo a miles de inocentes, como el hombre que se introdujo con su auto en una avenida peatonal atropellando a diestro y siniestro, es uno de los casos a los que me refiero. Pero este en concreto nos supera ampliamente, y difícil le ha resultado a este redactor encontrar las palabras y calificativos adecuados para redactar esta nota.

No señor, no estamos ante un caso aislado, para nada. Esta vez, no fue una avalancha de personas o un infortunado incendio, sino una masacre, por la decisión de un enfermo mental de acabar con la vida de personas que apenas conocía.

El homicida fue reducido justo en el instante en el que estaba solo, rodeado de cuerpos fallecidos y extremidades mutiladas, chorreando sangre por su cara. Fue así encontrado, pero datos reveladores sobre la investigación del caso van más allá. Al parecer, los investigadores no

pueden explicarse el caso del ahorcado en la cocina. Atrás del establecimiento, en una habitación, fue encontrado otro cuerpo colgando del techo, por la cintura y boca abajo, con una bolsa de plástico tapándole la cara y un cartel que le suspendía del cogote que versaba "Esto les pasa a los mariquitas con placa". El cuerpo se trata de un agente de la ley, policía normal del pueblo, encargado de patrullar nuestras calles. La policía encontró pruebas que determinan una cosa: que nuestra honrada policía y el establecimiento tenían tratos ilícitos con el tráfico de drogas. Dentro de uno de los bolsillos del policía ahorcado, se ha encontrado una cinta con una conversación grabada que da detalles explícitos de la relación que tenía este hombre con los encargados del local. Al mismo tiempo, el dueño y varios empleados de La Perla fueron puestos a disposición judicial, y han sido expulsados del cuerpo policial otros muchos involucrados de esta trama.

No se encontraron huellas del acusado en el compartimiento, ¿cómo pudo el loco de la sierra eléctrica tener el tiempo suficiente para cometer tantas muertes, en tan poco tiempo? ¿Qué horrores nauseabundos tuvieron lugar en esta discoteca, qué actos diabólicos y macabros que superan todo sadismo se dieron lugar ayer a la noche? Nadie lo sabe. Por ahora, el homicida se encuentra bajo custodia de la fuerza armada, mientras es interrogado exhaustivamente en busca de pistas.

Si es que queremos cambiar las cosas, debemos empezar ya mismo para que estos "infortunados sucesos" no vuelvan a ocurrir. ¿Pero quiénes son los culpables, quiénes? La respuesta quizás se encuentre enfrente de nuestras narices..."

JAVIER RAGAU (Buenos Aires, 1976) es un escritor de novelas de género. Sus obras se enmarcan en la tradición de la novela popular y de bolsillo, protagonizadas por personajes de ficción que podemos reconocer fácilmente en la vida cotidiana. Es autor de la Trilogía Pulp, conformada por La sociedad de consumo, El ataque de los moscovitas y Hotel Muerte.

No solo tiene la capacidad de atraparnos con narraciones de alta tensión, sino que sus novelas poseen tramas con grandes dosis de realismo. Ha sido mencionado por Fabián Casas y Enrique Medina, entre otros.